

LA ORGANIZACION ESPACIAL DE LA COSTA MEDITERRANEA ANDALUZA

EUSEBIO GARCIA MANRIQUE
CARMEN OCAÑA

La costa mediterránea andaluza constituye un ámbito geográfico lleno de sugerencias que, lógicamente, habría de centrar la atención de los investigadores desde múltiples perspectivas. La compartimentación y belleza de sus paisajes que encubre un medio de montañas, estrechos valles y deltas, con unas peculiaridades climáticas que van de la solana subtropical al medio subárido, ha sido un aspecto destacado en las investigaciones sobre la región. Pero otras muchas circunstancias de su ocupación y aprovechamiento humano se revelan tanto o más sugerentes. El constituir la sede de un fracasado foco de la industrialización española es sugerente en el aspecto de su interpretación causal y por la incógnita que abre sobre cuál hubiera sido el presente, de no haberse frustrado aquel momento. El haber albergado desde dos centurias atrás unas agriculturas comercialecs, de formulaciones muy diferentes, con un espacio polarizado por la ciudad, que centraba el comercio y albergaba a una dinámica burguesía de comerciantes, ha sido también un motivo de atención igualmente para historiadores y para geógrafos. En mayor medida aún, las grandes transformaciones recientes confieren un interés al estudio de la costa, la originalidad y extensión de nuevas formas de agricultura y, en mayor medida, el impacto de una desbordante expansión turística sigue constituyendo un amplio reto para analizar sobre el lugar, los engranajes de esta nueva agricultura o el modelo de crecimiento a partir del turismo.

Todos estos reclamos han tenido lógicamente una respuesta y, sin ser abrumadora la bibliografía, son ya abundantes las publicaciones que han abordado estos y otros sugerentes temas sobre el análisis geográfico de esta costa. Con el presente trabajo, lo que pretendemos es una contribución más al conocimiento de la costa mediterránea andaluza, una reflexión sobre ella fruto del conocimiento directo de años de permanencia en la región, de nuestras propias investigaciones y de la lectura de las de otros investigadores atraídos también por esta región.

EL MARCO FISICO

El relieve de esta fachada mediterránea andaluza es fácil de resumir a grandes rasgos. Se trata de un contacto con el mar de las béticas, que corren paralelas a él, dando lugar a una costa rectilínea que no favorece la formación de puertos naturales. La montaña está formada por bloques fallados y separados entre sí por pequeños corredores por donde los ríos –de corto trayecto– han buscado su salida al mar formando deltas, que son la única parte llana costera de cierta importancia. Por los co-

redores penetró el mar mioceno y, posteriormente, el plioceno depositando sedimentos de margas y calcarenitas que constituyen la base agraria más importante.

El resto –la mayor parte– son montañas que se elevan bruscamente a partir del nivel del mar a alturas medias de 1.000-2.000 m. a pocos kms. de la costa o, con Sierra Nevada, a más de 3.000 m. La montaña está pues, en todas partes dominando los pequeños espacios llanos con pendientes muy fuertes y profundamente entallada por barrancos que iniciaron su excavado en el momento de su elevación y ha tenido tiempo de labrar profundas gargantas.

Todo ello da la impresión de compartimentación en pequeños espacios llanos donde la presencia de la montaña es aplastante. En la provincia de Málaga, sólo el valle bajo del Guadalhorce tiene amplios espacios llanos y hay que llegar a la costa oriental, en Almería, para que los corredores recubiertos por material mioceno y plioceno alcancen gran amplitud, precisamente cuando la aridez del clima hace estériles estas llanadas, a no ser mediante riego. Y es aquí donde es más difícil conseguir el riego por la escasez de agua.

La descripción de éste relieve es sencilla. En el Oeste, en la provincia de Málaga, en el contacto con la provincia de Cádiz, un arco montañoso avanza desde el mar hacia el interior y está formado por la Serranía de Ronda, continúa por Sierra Valle Abdalajis, Torcal, Cabras, Camorolos, Tejeda y Almjara, donde vuelve a tomar contacto con el mar formando altos acantilados, en el extremo este de la provincia malagueña. Al norte de este arco queda la depresión de Ronda y Antequera donde desaparece la suavidad climática de la costa mediterránea por la aparición de rasgos de continentalidad. Uniendo los dos extremos de este arco montañoso, una serie de bloques se alinean a lo largo de la costa, formados por Sierra Blanca, Alpujata, Mijas y Montes de Málaga. Entre los Montes de Málaga y Sierra de Mijas una zona de hundimiento, rellenada de mioceno y plioceno da lugar al valle bajo y delta del Guadalhorce que desemboca cerca de la capital malagueña. Entre los Montes de Málaga y Sierra de Tejeda y Almjara, un estrecho corredor da lugar al valle del río Vélez. Al norte de los Montes de Málaga, entre estos y las Sierras del Torcal, Cabras y Camorolos, se encuentra el corredor de Colmenar, cubierto de flysh, que comunica las cuencas del Vélez y del Guadalhorce. Pero por su altitud (entre 600 y 800 m.) desaparece la suavidad del clima costero y no entre en nuestro estudio.

Avanzando hacia el este, en las provincias de Granada y Almería las alineaciones siguen paralelas a la costa con una cadena litoral –formada por los bloques fallados de los Guajares, Lújar, Contraviesa y Gádor– y otra prelitoral, de mayor altura, el gran macizo de Sierra Nevada. Entre ambas alineaciones, se da una estrecha depresión –Las Alpujarras– surcada por dos ríos que corren en direcciones opuestas: el Guadalfeo hacia el oeste y el Andarax hacia el este. Ambos, en su curso bajo, cambian de dirección hacia el sur para desembocar en forma de deltas: El Guadalfeo forma el delta y vega de Motril-Salobreña y el Andarax la vega de Almería. En la parte central de la depresión, el interfluvio que separa la cabecera de estos dos ríos está ocupado por la cuenca del río de Adra que arrancando desde Sierra Nevada corre en dirección N-S. y abriéndose paso por el corredor que dejan las Sierras de Gádor y Contraviesa forma la vega de Adra. Al mismo tiempo, la estrecha franja costera se ensancha en el Campo de Dalías, amplia sedimentación pliocena adosada a Sierra de Gádor.

Pasado el meridiano de Almería, las alineaciones –que pierden altura– se inclinan en dirección ENE. Partiendo desde el sur, una primera alineación la forman las sierras de Alhamilla, Cabrera, Al-

magrera. Al norte, se encuentra la de Filabres que deja entre ella y la alineación anterior, el pasillo de Sorbas, relleno, como siempre, de mioceno. Entre la Sierra de Filabres y Estancia que se encuentra más al N. se formó el valle del Almanzora que se ensancha y abre camino hasta el mar por el pasillo que dejan los bloques de Filabres y Almagrera. Al sur de Alhamilla queda adosado a la montaña el Campo de Níjar, de formación semejante al de Dalías, pero que queda separado del mar, en su fachada este, por la sierra volcánica de Gata.

La montaña está, pues, siempre presente, pero a medida que se avanza hacia el este, deja de ser dominante su presencia para pasar a los amplios espacios llanos almerienses, precursores de los murcianos donde las béticas stricto sensu o zona interna, emergen débilmente en medio de formaciones terciarias. Allí, serán ya el subbético y sobre todo, el prebético, quienes presentarán las mayores alturas.

El aspecto fundamental del clima costero –lo que da una unidad a este espacio compartimentado– es no sólo la ausencia de helados, sino la suavidad de las temperaturas invernales, lo que permite una especialización en cultivos únicos en Europa. Naturalmente a lo largo de la costa se dan matices y microclimas, que dependen del mayor o menor abrigo según la disposición del relieve, algo en lo que no podemos detenernos, pero que es decisivo para la adopción de un tipo de cultivo u otro. Solo indicaremos la diferencia de temperatura en el mes más frío.

Hay dos enclaves que poseen las más altas temperaturas en el *mes más frío*: uno en Marbella (13,5° de media) y otro en la costa oriental malagueña, entre Torre del Mar (13,7° de media), La Mayora -Algarrobo costa (13,4°) y Maro (14°). El resto de la costa oscila alrededor de los 12° en el mes más frío: Málaga, 12,5°; Vélez Málaga, 12,7°; Motril, 12,6°; El Ejido (Campo de Dalías), 12,1°. Desde Almería, hacia el este, disminuye algo la temperatura invernal: Almedría 11,9°; Níjar, 11,9°; Los Gallardos, 11,1°; Vera, (junto a Murcia), 10,4°.

La altitud modifica evidentemente esta suavidad de temperaturas y las heladas esporádicas aparecen entre los 300-400 m. en las umbrías de la fachada sur y hay que remontar 100 ó 200 m. más para que sean generales, aunque breves. Pero si nos atenemos solamente a los datos de los observatorios, la altitud modifica muy poco las medias de la costa hasta una altitud de 400-500 m., pero hay que tener presente que estos pequeños observatorios están situados en las poblaciones cuyo emplazamiento es, a veces, un verdadero modelo de abrigo dentro de la solana. En el Piedemonte de la Serranía de Ronda y Sierra de Mijas, sobre el valle del Guadalhorce: Alhaurín Grande (400 m.): 11,1° media el mes más frío; Casarabonela (494 m.): 11,5°; Tolox (620 m.), 10,5°.

En la zona oriental, donde los valles son más amplios y abiertos se nota más la situación de mayor o menor abrigo de los pueblos donde está amplazado el observatorio: Albox (424 m. valle Almanzora): 11,4°; Purchena (560 m. valle Almanzora): 9,7°; Canjayar (610 m. valle Andarax): 8,7°. Taernas (500 m. pasillo de Sorbas): 10°. Pegados a la falda de la sierra, al margen de los corredores, a

la salida de los barrancos, en emplazamientos totalmente abrigados, tenemos casos excepcionales por su suavidad invernal: Felix (812 m. al pie de la Sierra de Gádor): 11,2° el mes más frío; Gergal (730 m. Sierra de Filabres): 10,8°.

En cuanto a las precipitaciones, observamos en el gráfico adjunto su disminución hacia el este a lo largo de la costa: Marbella, 649 mm. anuales, frente a Almería con 220 mm. Hay una sensibilidad extraordinaria en la zona oeste en cuanto al aumento de las precipitaciones con la altitud y exposición. Ojén, a 491 m. de altitud, encima de Marbella, pasa a recibir 1.030 mm. anuales. Málaga recibe 497 mm., pero Las Contadoras, a 380 m. de altitud junto a ella, 745 mm. de precipitación. Nerja, a 25 m. recibe 415 mm.; Maro, a 122 m. recibe 543 mm.

En la provincia de Granada, junto con la altitud aparece más predominante el fenómeno de exposición a los vientos húmedos, a penas se aleja del mar. En Almería, la escasez de las precipitaciones apenas queda corregida por la altitud. Pero en todas las cifras hay que tener presente dos hechos. Primero que las precipitaciones anuales son generalmente más bajas que estas medias pues cada diez años hay un par de años lluviosos que hacen subir la media decenal. Segundo, que aún en los casos de precipitaciones altas como en el piedemonte sur de la Serranía de Ronda, la sequía veraniega está siempre presente con su falta de agua para vegetación y cultivos.

En el gráfico insistimos en la variedad estacional a causa de la ausencia de precipitaciones veraniegas a través del concepto de déficit y superavit de agua según el método de T. W. Thornthwaite. Hemos simplificado el gráfico usual para que nos muestre de modo sencillo los meses de déficit y de superavit, aunque queda desdibujado el período de carga de humedad en otoño o la utilización de la reserva del suelo en primavera. Hemos querido con eso hacer constatar que frente al abundante superavit invernal en la zona oeste, el déficit veraniego es brutal, aunque breve, y eso es significativo en consecuencias agrícolas. La diferencia con el Este no está en que los meses de verano sean más deficitarios que en el oeste, sino que abarcan un mayor número de meses y además no existe superavit invernal. Aquí la mayor parte de los meses conocen déficit y eso supone que nunca se constituyen reservas y que aun en profundidad apenas pueden los árboles y arbustos captar reservas, algo diferente de lo que ocurre en el oeste.

En cuanto a los herbáceos, los de invierno y primavera quedan asegurados en el oeste; pero en el este quedan sujetos definitivamente a la aleatoriedad de un año algo más húmedo y como sabemos que la aleatoriedad aumenta con la aridez, el cultivo de secano es casi inviable en una agricultura del mercado. Solo en una agricultura de subsistencia se puede mantener dentro de su precariedad, pues no se contabilizan los inputs de trabajo personal.

LA POLARIZACION EN TORNO A MALAGA: LA ETAPA VITICOLA E INDUSTRIAL

Un estudio de Geografía regional puede admitir diversos enfoques todos ellos muy interesantes y valiosos. El enfoque que hemos elegido es la descripción de la organización del espacio de esta

fachada mediterránea. No lo consideramos sencillo por tratarse de una amplia zona muy compartimentada y variada en recursos y en iniciativas, pues a la compartimentación física corresponde un espacio sin gran articulación humana en muchos momentos. El intento de síntesis es fruto de una larga reflexión y naturalmente de una interpretación. Hemos agrupado los hechos geográficos referidos a tres momentos diferentes que marcan una organización particular del espacio siempre en evolución. En un primer momento –que dura durante casi todo el siglo XIX– aparece como polarizadora del espacio la ciudad de Málaga con una conjunción de agricultura, comercio internacional e industrialización. Su base es la agricultura del post-país, sus cultivos de secano, preferentemente vitícolas, y unos recursos mineros locales. En este período la zona oriental de la costa tiene una agricultura de subsistencia, si se exceptúa un pequeño foco comercial en el valle medio del Andarax, captado por la ciudad de Málaga. La actividad almeriense fue minera, potente, pero efímera y sin convertir a la ciudad en un centro polarizador, caso muy distinto del malagueño.

Una crisis profunda del último tercio del siglo XIX desorganiza esta estructuración del espacio. La crisis afecta sobre todo al foco malagueño en el momento en que ya el almeriense había entrado en la agricultura comercial de porte internacional. Con la pérdida de la actividad industrial malagueña, en este segundo período, que abarca desde la última década del siglo XIX hasta los años cincuenta del XX, la actividad básica es la agricultura que se centra en los regadíos costeros y de los valles que penetran en el interior y se asiste a una progresiva marginación de los secanos del oeste y centro del post-país costero –pues en el sector oriental nunca tuvieron valor– pasando a ser reserva de mano de obra. Apenas existe en este período una polarización de grandes espacios y la organización es más bien comarcal, si se exceptúa la relativamente débil de la capital almeriense sobre los valles interiores.

En un tercer momento –que se inicia en los años cincuenta, pero que adquiere su mayor desarrollo entre el sesenta y el setenta de nuestro siglo– la actividad se traslada definitivamente a la costa que se constituye en el eje del desarrollo con atracción de las poblaciones del interior, que se despuebla, incluso de los valles regados. Hay dos áreas bien polarizadas: la del oeste, alrededor de Málaga que se remodela profundamente con el turismo, y la del este, aquí sobre la base de las nuevas técnicas de cultivo de los enarenados, pero dentro de una red comercial murciana. Podemos considerar un núcleo autónomo en el centro de débil vitalidad.

Lo más importante del primer período es la oportunidad que tuvo la costa de acumular capital que le permitiera un despegue económico. Aunque el estudio se centra en la organización actual del espacio, es preciso presentar las bases sobre las que se fundamentó su articulación en el siglo XIX pues marcan un momento de despegue en esta costa del sur, malogrado en el último tercio del siglo y que dejó no sólo reliquias de su organización, sino una conciencia de posibilidades perdidas. En el primer tercio del siglo pasado, cuando bastaban recursos modestos para iniciar un despegue, esta costa tuvo una acumulación de capital que la predisponían a un desarrollo industrial que no llegó a continuar. En la parte occidental de la costa, centrado en la ciudad de Málaga, hubo una conjunción de desarrollo agrícola e industrialización; en la costa oriental el desarrollo fue minero, de menor duración y solo en muy poco grado agrícola. Su consecuencia económica fue menor.

Es ya muy conocida la importancia de los cultivos comerciales en estas montañas y piedemonte costero en el siglo pasado. En su distribución aparecen marcados de modo acusado por unos condicionantes de tipo ecológico. Todas las manchas silíceas de las montañas béticas en el contacto con la costa, estaban plantadas de viñedo para pasas, fundamentalmente, o para uva de mesa: los Montes de Málaga y Axarquía, el piedemonte de la hoya de Málaga, el piedemonte de la costa occidental formaban el núcleo del viñedo malagueño. En la costa granadina, la Sierra Contraviesa, que es de materiales silíceos, quedó cubierta igualmente de viñedo, lo mismo que los pequeños retazos silíceos de los Guájares al oeste del Guadalfeo. En el extremo este, en Almería, apareció un foco de parrales en el curso medio del Andarax, para uva de mesa, que se extendió en la segunda mitad del siglo pasado por el valle abajo y a la hoya de Berja y de Dalías, al sur de la sierra de Gádor y –lo mismo que el vino y las pasas de la Alpujarra granadina– se llevaba inicialmente, a mediados de siglo, a la ciudad de Málaga para su exportación. A fin de poder controlar esas plantaciones granadinas y almerienses, Málaga logró la prohibición de que por el puerto de Motril se pudiese comerciar con el extranjero.

Este viñedo, ya tradicional en la Axarquía y Montes de Málaga adquirió un gran auge en el siglo XVIII y su comercio fue controlado entonces por un grupo de extranjeros; pero fue la burguesía malagueña quien tomó la dirección y control de este comercio en el siglo XIX. Hacia los años sesenta del pasado siglo se alcanzó la máxima extensión de las plantaciones pero concentrado el comercio exterior en pocas manos, con una organización desde el siglo XVIII que reproduce el sistema de “trata”.

La expansión del viñedo fue obra predominantemente de pequeños propietarios que extendieron su cultivo a costa de tierras comunales y de propios, aunque siempre es difícil generalizar, pues la burguesía malagueña roturó en la parte sur de los montes de Málaga (la zona más precoz) grandes espacios que cultivaba por medio de jornaleros de viñas que vivían en la zona este de la ciudad, desde Gibralfaro al Palo. A mediados del siglo XVIII, el Catastro del Marqués de la Ensenada enumera unos 2.000 jornaleros de viñas. La incitación a esta expansión vitícola fue la venta en el comercio internacional del vino y las pasas, pero ni la red comercial, ni los precios fueron controlados por estos pequeños propietarios. La importancia que hay que dar a este viñedo es doble: por un lado mantuvo una alta densidad rural por la necesidad de una abundante mano de obra, sobre todo para la pasa, que en el transcurso de dos siglos y con la expansión de las plantaciones, acumuló un gran volumen de población en las montañas costeras. En segundo lugar, originó la acumulación de capital en manos de la burguesía malagueña, gracias al sistema de trata que les permitió una fuerte acumulación de capital por el control de los precios y la generalización de los préstamos, fenómeno típico del sistema de trata al carecer el medio rural de una red de créditos y que dejaba inermes al agricultor en manos del prestamista.

Hay que insistir en estos dos aspectos para comprender la impresión de riqueza que esta época de viñedo dio a la vida aldeana de la montaña –sobre todo comparado con la pobreza que siguió a su destrucción– pues permitió vivir a una gran masa de población, aunque lo cierto es que no la enriqueció. De hecho todos estos pequeños viticultores que roturaron las laderas silíceas codiciaban un arriendo o una pequeña propiedad en las tierras llanas cerealistas del fondo del valle, o de los glaciares del Guadalhorce, o del corredor de Colmenar, que les permitiera asegurar su subsistencia

frente a las fluctuaciones de beneficio o pérdida que el sistema de trata llevaba consigo en el cultivo del viñedo.

En la segunda mitad del siglo XIX, el capital acumulado por la burguesía se invirtió por dos canales: por un lado en el reforzamiento del proceso industrial malagueño, de que hablaremos enseguida, y por otro en la transformación, mediante el regadío, de las tierras llanas del Guadalhorce o de la Costa. Más adelante analizaremos este proceso de transformación agrícola, obra de la burguesía frente a la expansión del viñedo, obra de pequeños propietarios.

La acumulación de la burguesía malagueña, como decíamos, fue básicamente comercial. Por Málaga se captaba también parte del aceite del sur de Córdoba y Jaén y se enviaba a Sudamérica con la cual siempre tuvo relaciones el puerto de Málaga desde el XVIII. Pero paralelamente a esta gran actividad comercial de productos agrícolas se desarrolló en el siglo XIX una industria metalúrgica teniendo como base la minería local.

Algunos comerciantes enriquecidos por la exportación –entre ellos Heredia de importancia decisiva para Málaga– participaron en el saqueo de las minas de grafito de Benahavis al oeste de Marbella durante la guerra de la Independencia y en los años siguientes y este capital, acumulado en pocos años, fue invertido en la industria siderúrgica aprovechando el mineral de hierro de Ojen, en Marbella, y como combustible, el carbón vegetal de los abundantes bosques de la serranía de Ronda. La finalidad era suministrar flejes para los toneles de aceite, vino y uvas que se fabricaban en el barrio malagueño del Perchel. Esta siderurgia inicial se desdobló en otra junto al puerto de Málaga, movida aquí por carbón inglés y cuyo flete de retorno eran las exportaciones malagueñas. Otras dos fábricas siderúrgicas se montaron, una en Marbella y otra en Málaga, a imitación de las de Heredia, todas ellas en la década de los 30 a los 40. Varios miles de obreros, técnica inglesa y con especialistas ingleses hicieron florecer esta industria siderúrgica en el momento en que la del N. de España quedaba silenciada por la guerras carlistas. Comienza un desarrollo industrial cuya figura principal es Heredia. Unido a otros comerciantes –Loring y Larios– se montó la gran fábrica textil “La Industrial Malagueña” simultánea en su fundación a la “Española Industrial” de Cataluña y de volumen semejante (empleaba más de 2.500 obreros) que se desdobló pronto en otra, “La Aurora”. Se agregó industrias químicas, de ácido sulfúrico y nítrico, fábricas de jabón, de cerillas, de papel. Una numerosa flota, que transportaba las exportaciones malagueñas, era otra expresión de una floreciente actividad económica.

Nadal, que ha estudiado esta época de mediados de siglo, compara este foco y lo sitúa bastante detrás del de Cataluña, pero por delante de los incipientes focos industriales españoles. La diferencia con Cataluña estribaba, además, en la gran concentración financiera –era una auténtica oligarquía de tres familias– frente a la dispersión familiar catalana.

Esta oligarquía creó el Banco de Málaga, financió la construcción de los ferrocarriles malagueños a Bobadilla y Córdoba, en un momento de transformación agraria del valle del Guadalhorce, y con un intento desesperado de alcanzar los yacimientos de carbón de Peñarroya para salvar la siderurgia malagueña, amenazada por el alto precio que adquiriría el carbón inglés al aplicarle el

arancel de 1846 que intentaba proteger la minería asturiana y que potenció la siderurgia del Norte español frente a la del sur. Cuando se comprobó que el carbón de Peñarroya resultaba a boca de mina más caro que el propio carbón inglés después del arancel, la siderurgia malagueña quedaba abocada al fracaso.

Al este de la costa, en Almería, la agricultura no podía servir de base para la acumulación de capital pues la mayor parte de la tierra estaba dedicada a cultivos de subsistencia y con un predominio abrumador de minifundismo. Aquí el desarrollo y acumulación sólo lo podía dar la minería.

Tres grandes yacimientos mineros de plomo y plomo argentífero se fueron descubriendo y explotando en el S. y S.E. en la primera mitad del siglo XIX, al permitirse la libre explotación minera. Primero fue en la sierra de Gador en cuyo borde meridional se inició su explotación en 1822, y donde se estableció una muchedumbre de pequeñas empresas mineras para explotar filones, ya conocidos, y que negligentemente explotaba el estado. El centro fue Berja y el puerto de fundición y exportación del plomo, Adra, donde en 1822 una compañía malagueña instaló una fundición comprada en 1826 por Heredia y equipada con técnica inglesa. La importancia de este plomo fue tal que, en 1830, habían hecho bajar los precios europeos a la mitad y con ello habían arruinado la minería de plomo inglesa y alemana.

En 1838 se descubren los filones de Sierra Almagrera en la desembocadura del Almanzora que se manifestaron los más ricos del mundo en esa época. En 1847 se inicia la explotación minera de Cartagena.

La primera consecuencia fue la atracción de la población. La inspección de tributos censó alrededor de 40.000 obreros entre las dos cuencas, la de Gador y la de Almagrera, en 1840.

Pero, sobre todo, fue la acumulación de capital en pocos años que Nadal considera superior a la que tuvo Vizcaya entre 1887-1913, teniendo presente que en el caso vizcaíno más de la mitad de la producción minera pertenecía a capitales extranjeros, mientras que, en Almería, pertenecía en esta época a la población local.

Sin embargo, mientras que con el capital acumulado con el saqueo de las minas de grafito en Benahavis (W. de Marbella) y con el comercio de exportación agrícola del post-país malagueño se montó en la costa de Málaga una importante industria, además de una transformación agrícola, esta minería almeriense, en manos de hombres de la región, no produjo un despegue industrial. Los beneficios de la minería se invirtieron en la compra de fincas desamortizables y en gastos suntuarios. Otra parte, la de los pequeños mineros con suerte, se empleó en las plantaciones vitícolas de Sierra Contraviesa que iban a engrosar la red comercial de exportación malagueña.

Para entender esto hay que tener presente que la minería almeriense fue una explotación minifundista, facilitada en parte por el estado, que daba concesiones de pequeña extensión con altos de-

rechos para obtenerla. Esto impidió conseguir concesiones a mineros faltos de capital, mientras que favoreció a un grupo de hombres locales poseedores de un pequeño capital para obtener la concesión y que ya no invirtieron más. Se limitaron a buscar mineros que trabajaban individualmente un pozo hecho por ellos y daban parte del plomo y plata obtenido al concesionario. Era una especie de medianería y se llamaba "a partido". Sin planos, sin inversiones, fue tal el despilfarro que, finalmente, la falta de drenaje llenó los pozos de agua y arruinó esta minería.

Las minas estaban inundadas y abandonadas cuando en 1868 la nueva legislación minera entregaba a compañías extranjeras nuestras minas que, en adelante, se llevarán los beneficios, faltos de presión fiscal española.

Con la desaparición de las minas a nivel local apenas había cambiado la organización del paisaje. Solamente bajo el punto de vista ecológico, las minas habían barrido los restos de bosque que quedaban todavía en la sierra de Gador a comienzos de siglo.

Los últimos años del siglo XIX cambian por completo la organización del espacio malagueño y se inicia una transformación progresiva en el almeriense. Dos crisis simultáneas se acumulan, la de la agricultura de montaña y su comercio de exportación y la de la industria. De la primera se conoce la causa: a partir de 1878 la filoxera arrasa el viñedo malagueño y el de la alpujarra granadina e incluso, momentáneamente, parte del pequeño foco de uva de mesa de Ohanes en el curso medio del valle almeriense del Andarax.

De la crisis industrial malagueña, que fue lenta y continua, conocemos menos las causas y los economistas e historiadores intentan establecer teorías de comportamiento de este modelo económico. El hecho es que lentamente, se fue silenciando la gran actividad industrial de mediados de siglo y sólo quedaron restos, en decadencia, como la industria malagueña de tejidos que se cerró hace sólo unos años.

Los primeros intentos de repoblación de los campos de vid arrasados por la filoxera fue en conjunto un fracaso y se debió fundamentalmente a dos causas. Primero al minifundismo de estas explotaciones. El aldeano carecía de medios económicos para las experiencias iniciales en repoblación y no hubo canales de crédito oficiales que la favorecieran, al contrario: la administración continuó exigiendo la contribución territorial a estas fincas, como si estuviesen en producción, y embargaba las fincas de los morosos. Hubo momentos en que muchos agricultores no sabían a finales de siglo si sus tierras eran todavía suyas o pertenecían al estado tras el embargo. Además, la técnica del portainjertos americano era más complicada frente a la sencillez de propagación de la vid indígena. Carecía de afinidad la variedad moscatel con algunos portainjertos americanos y se buscaron diferentes variedades que se adaptaran además a los suelos y a las variedades de vides locales. La literatura de la época sobre esto es muy abundante y lo mismo las protestas contra quienes vendían portainjertos sin calidad con nombres falsos.

Las nuevas vides exigían mejor tierra que las de las pobres laderas silíceas del post-país mon-

tañosos cuyo suelo se llevaban las lluvias por la gran pendiente. De ahí que estas nuevas vides dieran en ellas un rendimiento escaso frente a las anteriores, mejor adaptadas a aquellos suelos pobres.

Pero a pesar de todo, el viñedo se reconstruyó donde no había otra posibilidad de nuevos cultivos, como en la Axarquía o en la Sierra Contraviesa granadina. Pero fue obra de pequeños agricultores. La burguesía malagueña que poseía los mejores viñedos de la fachada sur de los Montes de Málaga y en buena parte en cultivo directo, se desentendió en general de la repoblación lo mismo que algunos municipios que podían subsistir con otros cultivos como fue el caso de Colmenar o Casabermeja en el corredor cerealista de Colmenar.

Aunque fue la norma general, no todo el viñedo reconstruido fue obra de pequeños propietarios. También la burguesía reconstruyó viñedo. Pero tuvo en cuenta que las nuevas vides con portainjerto americano no daban rendimientos en los suelos de las pendientes, donde no se podía labrar profundamente. Se restringió a las tierras llanas del oeste de Málaga –por ejemplo el valle de Campanillas–. Lo mismo hicieron propietarios fuertes del término de Mijas –que vivían en Fuengirola– y que repoblaron las colinas pliocenas de la tierra baja del término. En ambos casos los agrónomos de 1897 que trazan los mapas de las masas de cultivos ponderan los buenos rendimientos de estas vides repobladas con mentalidad moderna.

Pero lo que no se reconstruyó fue el gran comercio que había durado –con crisis– casi dos siglos. Por eso el viñedo nuevo de la Axarquía o de los piedemontes costeros no fue ya impulsor de desarrollo regional. Sus poblaciones, excesivas para el pobre beneficio del cultivo reconstruido, pasaron a ser reserva de mano de obra, o para la zafra de la caña de azúcar en la costa, o para la recogida de la naranja en el valle de Guadalhorce, o del olivar y siega del cereal en la depresión del Guadalquivir. Los intereses de la burguesía se habían centrado, ya antes de la destrucción del viñedo, en los regadíos y en la extensión de los nuevos cultivos.

Donde no se reconstruyó el viñedo, el almendro fue un pobre sustituto de los florecientes viñedos de los siglos XVIII y XIX.

Los resecos secanos de las vertientes de los valles almerienses nunca han tenido cultivos comerciales interesantes por sus débiles rendimientos.

El comportamiento de la población en la montaña, en los piedemontes y en la propia ciudad de Málaga refleja esta crisis industrial y agrícola. No deja de ser impresionante el de la propia ciudad de Málaga a la que el censo de 1887 asignaba 134.016 habitantes y el de 1900, 130.109. A ese descenso de 3.907 habitantes, hay que agregarle el crecimiento vegetativo (al 1.2% representaría cerca de 21.000 personas) con lo cual la emigración real osciló alrededor de 24.000 habitantes. El que una ciudad, grande para su época, descienda de población y arroje una emigración cercana al 18% de su población anterior, es un indicador que ayuda a comprender lo que significó el hundimiento de su industria de toneles, de flejes, siderurgia, industria química, transporte, tráfico portuario y de la flota, donde trabajaban muchos miles de obreros.

Una región cuya capital no ofrece un lugar de acogida de emigración, pues ella misma expulsa parte de su población, tiene que tener un comportamiento forzado, es decir, de retención máxima de sus habitantes, pues el resto de la nación tampoco podía ofrecer trabajo. La única emigración habitual en la época era hacia América y Argelia y para emigrar a América se necesitaba dinero, que solo se podía obtener vendiendo las tierras en un momento de depreciación. Esto provocó cambios en la estructura de la propiedad.

Bajo esas circunstancias hay que interpretar la evolución de la población rural. En el apéndice damos los datos de evolución de la población. Aquí solamente damos un breve esquema. Cuatro zonas habían participado intensamente en el cultivo de la vid: La Axarquía y Montes de Málaga, el piedemonte de la Serranía de Ronda que mira hacia la Hoya de Málaga, aquí en sistema de policultivo (vid con otros cultivos en el mismo campo) el piedemonte de la costa occidental de Málaga y los municipios de la Sierra de Contraviesa en Granada. La Axarquía y Montes de Málaga pasó de una población de 65.739 habitantes en 1877, a 53.882 en 1900. Si a ésta pérdida de 11.857 habitantes le agregamos el crecimiento vegetativo de esos 23 años (le hemos calculado el 1.3% de crecimiento natural anual) unos 16.500 habitantes, da una emigración total de 28.500 habitantes.

El piedemonte de la Serranía de Ronda que mira al valle del Guadalhorce pasó de 32.330 en 1877 a 27.989 en 1900 con una pequeña emigración de 3.000 habitantes entre 1877-87 (aquí se retrasó la llegada de la filoxera) y otra fuerte de 9.600 entre 1887 y 1900 calculando su crecimiento vegetativo de 1.1% anual.

De los municipios del piedemonte de la costa occidental malagueña dos de ellos, Benalmádena y Mijas, vitícolas, pasaron de 14.453 habitantes en 1887 a 11.031 en 1900. Si consideramos el crecimiento vegetativo de esos 13 años, supone una emigración de 5.138 habitantes. Los municipios vitícolas de Sierra Contraviesa evolucionaron de modo semejante a la Axarquía: 13.000 emigrantes entre 1887 y 1900 de una población de 31.328 en 1887 que pasó a 23.106 en 1900.

LA EXPANSION DE LOS REGADIOS Y LAS AGRICULTURAS COMARCALES

El período que va entre el comienzo de la filoxera y la mitad del siglo XX queda marcado por la concentración de la actividad económica en los regadíos de la costa y de los valles que desembocan en ella y que poseen su misma suavidad de clima. La montaña, los piedemontes, quedan relegados a reserva de mano de obra. Pero el hecho fundamental es la desaparición de la polarización de la costa alrededor de Málaga que queda relegada a un papel poco más que comarcal. La costa se organiza alrededor de centros más pequeños, aunque la influencia administrativa de la capital esté siempre presente y naturalmente, en ella habite la burguesía poseedora de las mejores tierras.

A mediados del siglo XIX, en los años cuarenta, se inicia un proceso renovador en los regadíos de la costa. Los inventos europeos de obtener azúcar blanca de la remolacha se aplican a la caña de azúcar de la costa. Este cultivo, tradicional en ella, había sufrido un proceso de abandono a lo largo de los siglos XVII y XVIII hasta haber quedado reducido a pequeños núcleos y con pobres rendimientos por la degeneración de la caña local. En el núcleo principal cañero de la costa—las vegas de Motril-Salobreña, en el delta del Guadalfeo— el algodón competía con ella. Este algodón era de fibra larga, de origen brasileño y se exportaba al sur de Francia. No es de extrañar que existiese también en los nuevos regadíos del delta del Guadalhorce desde el momento en que, en Málaga, existía una industria textil entonces en progresión y desarrollo. Fue en Torre del Mar (Vélez Málaga) y en Almuñecar donde se inició la transformación de las fábricas para la obtención de azúcar blanca con técnicas francesa-belga. En pocos años, estas fábricas se multiplicaron y desde Adra, en Almería, hasta el S. Luis de Sabinillas en el término de Manilva, junto al Campo de Gibraltar, el cultivo de la caña se extendió por la costa y deltas de los ríos y con él la ampliación de nuevos regadíos. En la vega de Motril el impulso lo dio la burguesía granadina, poseedora de buena parte de las tierras. En la provincia de Málaga además de la burguesía malagueña, sobre todo en Churriana y Torremolinos y parte del delta, la expansión del cultivo se debió a dos grandes inversores en agricultura: el marqués de Larios y el marqués del Duero, General Concha.

Desde siempre —al menos desde la conquista y repoblación castellana— frente a un minifundismo en las tierras cultivadas de la montaña y de los piedemontes, el llano tanto el fondo del valle del Guadalhorce, de vocación cerealista, como las tierras de la costa —regadíos cañeros, dehesas o eoriales— perteneció a propietarios fuertes, si exceptuamos el ruedo de las poblaciones costeras. Esta tierra, no obstante, estaba —la cultivada— entregada en arriendo o aparcería de modo que se reconstruía en el paisaje agrario la pequeña explotación, como se daba la pequeña propiedad en la montaña y piedemontes. Comprando tierras a lo largo de la costa, a veces a propietarios fuertes que vendían con la tierra el antiguo ingenio azucarero que iba ligados a ellas, o a pequeños propietarios también existentes, los Larios labraron entre Vélez y Nerja-Maró en la costa oriental malagueña una gran propiedad, de alrededor de 700 Ha. de regadío, donde establecieron el cultivo de la caña, al mismo tiempo que cerraban las antiguas fábricas y concentraban el proceso industrial, con equipos modernos que diesen azúcar blanca. En el delta del Guadalhorce y en Churriana aparecen también los Larios comprando fincas y participando en las 1.000 Has. que se habían puesto en riego en el delta del Guadalhorce captando el agua subálvea —que se encontraba a unos 6 mts.— mediante máquinas a vapor, y que los agrimensores del mapa de cultivos de 1897 atribuyen a tres grandes propietarios malagueños. Las tierras regadas de Churriana se ampliaron, a base de captar manantiales de la sierra de Mijas. En el extremo occidental de la provincia encontramos a Larios fundando el núcleo cañero de S. Luis de Sabinillas en el término de Manilva. Toda esta gran extensión de tierras fue entregada en arriendo con la obligación de cultivar la caña. Así quedaba unida la propiedad de la tierra a la fábrica transformadora, asegurando la materia prima a la cual impondría los precios. Sin ese control de la tierra la fábrica hubiera estado abocada a crisis continuas.

Solamente al W. de Marbella encontramos ausente a Larios en esta propagación del cultivo de la caña. Aquí fue el marqués del Duero quién compró bienes desamortizables, fincas mal cultivadas y logró unir una gran propiedad de unas 10.000 Has. entre los términos de Marbella, Estepona y Benahavis. Allí, construyendo pantanos propios, extendió el regadío y trayendo colonos de fuera de la región, valencianos y granadinos, fundó la población en S. Pedro Alcántara en 1860, extendiendo en

el llano el cultivo de la caña y de la remolacha azucarera, en sistema de cultivo directo, cerca de donde acababan enmudecer las dos ferrerías malagueñas, en el río Verde. Muerto él, una sociedad francesa adquirió el patrimonio y amplió los regadíos hasta 1.100 Has. con predominio de la remolacha azucarera, siempre en cultivo directo con técnicos y obreros, único caso en toda la costa en una gran propiedad.

En el delta del Guadalfeo –vega de Motril-Salobreña– dedicada a mediados de siglo a caña, algodón, maíz y boniatos, se extendió igualmente la caña de azúcar conquistando no sólo los espacios ocupados por los otros cultivos, sino también zonas antes incultas. Aquí la burguesía granadina, que controló las tierras y las fábricas, extendió la tierra cultivada mediante drenaje de charcas y juncales de la desembocadura del Guadalfeo, hasta llegar a unas 2.500 Has. La extensión de la gran propiedad la facilitaron, a veces, las catástrofes provocadas por las avenidas del río Guadalfeo que arrasaba los campos. Ante la ruina, muchos pequeños propietarios vendieron sus tierras a las fábricas controladas por pequeños grupos. También se extendió en la vega de Almuñecar y en la de Adra.

Así pues, frente al control de la red comercial pasera y vitícola que había tenido la burguesía malagueña, se pasó al dominio directo de la tierra, pero no por obra de comerciantes, sino de industriales. La caña necesita una transformación y los beneficios los daba la fábrica azucarera, pues ella imponía los precios a los agricultores en esa época y tenía además en sus manos la red comercial de venta del azúcar. Debía pues, asegurar la materia prima y una lucha social muy dura, en la cual no nos podemos detener, se extendió por toda la costa, primero por el control de las fábricas y, luego, por el de las tierras, al menos de la producción. Además las implicaciones sociales de esta nueva distribución de la propiedad, el paro estacional, la inmigración temporal a la zafra vinculados siempre a este cultivo, planteaba unos problemas humanos de gran alcance social.

El cultivo tuvo inicialmente la competencia de la importación del azúcar cubano. Larios importaba incluso a su fábrica de Torre del Mar azúcar moreno cubano para su refinado y blanqueo, pero alcanzó su máximo esplendor en los últimos años del XIX y primeros del nuestro con la pérdida de Cuba. Si recordamos que fuera de la gran finca de S. Pedro de Alcántara, de cultivo directo, el resto de la tierra estaba entregada en arrendamiento, el desmembramiento de estas explotaciones arrendadas entre los herederos del cultivador, provocó lentamente una miniexplotación extrema (en una tierra que no obstante pertenecía a pocos propietarios) y con ello una acumulación de mano de obra campesina y una presión demográfica excesiva en un cultivo estacional y que modernamente se puede mecanizar fácilmente de haber parcelas suficientemente grandes.

Paralelo a este desarrollo cañero de la costa, se da la transformación del valle del Guadalhorce. La burguesía malagueña invirtió el capital acumulado con el comercio vitícola en el aumento de la tierra regada y la especialización en cultivos comerciales en el valle. El proceso fue el normal en el occidente europeo, fruto de la rapidez de las comunicaciones por el ferrocarril y por mar. El ferrocarril llega a Málaga en 1865 y abre el interior a un producto ya existente, que se extendía por el valle y que había participado en cantidades modestas en la exportación malagueña al exterior: los agrios. Las comunicaciones rompieron el círculo vicioso del aislamiento y los cultivos de subsistencia o de comercio de alcance comarcal y la ampliación de los regadíos privilegiaron a un cultivo fácil de

transportar, como los agrios. La exportación pasera coexistió con una enorme –para la época– expansión de los regadíos en el fondo del valle y en los glacis de la sierra de Mijas de materiales calizos marmóreos y que es un gran centro de almacenamiento de agua subterránea. Lo mismo ocurría en el delta, aquí mediante elevación por máquinas a vapor (eliminando las antiguas norias). Este proceso va acompañado de un acaparamiento de estas las tierras regadas por grandes propietarios que las entregaban, también en arriendo, a los cultivadores. Los regadíos se extendieron en el valle a más de 5.000 Has.

Los dos procesos, el de la extensión de los agrios en el valle del Guadalhorce y de la caña de azúcar en la costa, fueron la gran transformación del centro y oeste de esta costa mediterránea andaluza. Incluso en el valle de Lecrín se inició la expansión del naranjo, pero fue de pequeña envergadura e iniciativa de pequeños propietarios para la venta en Granada.

Pero aunque los agrios participaron un tiempo en el comercio exterior malagueño, en conjunto, tanto ellos como, sobre todo, la caña de azúcar estaban destinados al comercio interior. Solamente la pasa alimentaba todavía un débil comercio exterior, pero sin influencia en la vida regional. El relevo del casi extinguido comercio internacional malagueño lo tomaron los valles almerienses en el último tercio del siglo XIX y, sobre todo, en el XX con la uva de embarque o de Ohanes.

A comienzos del siglo XIX, por una hibridación, aparece en Ohanes en el valle medio del Andarax y cuya calidad principal era su resistencia al transporte. En la década de los treinta se enviaron las primeras remesas a Málaga que las exportaba dentro de su red comercial y pronto sustituyeron a la uva de mesa de Lanjaron, Loja, Alhaurín y Cártama, menos resistentes al largo transporte por barco. Con ello se completó la polarización de los productos del comercio exterior de toda la fachada del mediterráneo andaluz a través del puerto de Málaga, poco después que Heredia intentase controlar parte del plomo de Sierra de Gádor con la compra en Adra de una fábrica de fundición, y que enmudeció con el abandono de las minas de Gádor. Entre 1860 y 1880 la uva se extiende por el resto de los municipios del valle medio del Andarax al mismo tiempo que el puerto de Almería, recién construido, comienza a captar parte de ese tráfico exterior. Los años de la filoxera dañaron algo a estos parrales que rápidamente se reconstruyeron pues en las estadísticas de embarque en el puerto de Almería sólo se nota una inflexión temporal en la cantidad de uva embarcada (1):

1882-83	574.530	barriles	embarc.
1887-88	778.188	"	"
1889-90	543.412	"	"
1891-92	663.254	"	"
1893-94	933.265	"	"

Una pequeña inflexión demográfica se nota en el núcleo parralero del valle medio en la década del ochenta al noventa, años en que se presentó la filoxera en el valle. Separada ya de la red comercial malagueña, que se hunde con la filoxera, la uva de mesa conquista el valle bajo a partir de 1880 y salta a las hoyas del sur de Gádor –de Berja y Dalías– e incluso al valle alto del Almanzora. El gran impulso lo dio la apertura del mercado norteamericano en 1904 llegando a alcanzar el cultivo una extensión de 6.500 Has. en la primera década del siglo XX. En 1907 se embarcaron por el puerto

(1) LARA VALLE, J. J.: 1978.

de Almería 2,5 millones de barriles de uva (los barriles solían ser de 24 Kg.) y se mantiene esos años, pues los datos de embarque de 1911 son de 2.432.406 barriles.

Fue un proceso inversor, un poco rezagado de la expansión de los agrios en el Guadalhorce y de la caña en la costa. Impulsado desde fuera por la demanda creciente de uva en los mercados exteriores, aquí, como lo había sido en la Axarquía y Montes de Málaga, la expansión fue obra fundamentalmente de pequeños propietarios que abancalaron las laderas subiendo la tierra a lomo de burros, y ampliaron los riegos a lo largo del valle. Solo en el valle bajo, la burguesía almeriense invirtió en el nuevo cultivo siguiendo la iniciativa de los pequeños propietarios, como también la burguesía malagueña había roturado la fachada sur de los montes de Málaga, en el XVIII, para la vid.

Bajo el aspecto demográfico se dio el mismo fenómeno de gran concentración humana que en la Axarquía en los siglos XVIII y XIX, pues los parrales –a semejanza de las pasas– piden mucha mano de obra. El valle del Almanzora se incorporó más tardíamente, a comienzos del siglo XX, al proceso de expansión del parral en el curso alto y medio, pero siempre con menos intensidad. Aquí el motor del desarrollo o de las crisis fue siempre la minería, primero de plomo argentífero en Sierra Almagrera, luego las de hierro argentífero de 1870 a 1885; al comienzo del siglo XX la explotación de los yacimientos de hierro de Herrerías y Cuevas de Almanzora y, sobre todo, de Serón-Bacares en el curso alto del río. La apertura o cierre de esas minas marcará la expansión o recesión de la población del valle durante siglo y medio.

De esta manera, a comienzos del siglo XX la actividad económica de esta fachada mediterránea estaba concentrada en los regadíos y en tres cultivos fundamentales: agrios, caña de azúcar y el de los parrales, para el comercio exterior, en los valles orientales. Como todo monocultivo especializado estaba sujeto a coyunturas favorables y desfavorables, que repercutían en las altas concentraciones de población que, en los momentos de expansión, se habían acumulado. A través de esos momentos de crisis y expansión de los productos comerciales agrícolas hay que interpretar la evolución de la población en la costa.

Solamente en el extremo oriental, en el valle del Almanzora, las fluctuaciones de población se debieron a la apertura o cierre de las minas a lo largo del valle. En el extremo occidental, en Marbella-Ojén, la minería del mineral de hierro tuvo una incidencia muy pequeña en la población.

Desde comienzos del siglo XX y hasta los años cincuenta el cultivo de los agrios permaneció estacionario en el valle del Guadalhorce con pequeños avances en el valle del Vélez, en el valle del río Verde de Almuñecar (Jete), en el fondo del valle de Lecrín y en el curso bajo del Andarax. Los cultivos que fluctuaron más con diversas coyunturas fueron la caña y los parrales almerienses.

La caña pasó por el momento de gran demanda de azúcar de finales de siglo y comienzos del actual con la pérdida de Cuba, pero en la segunda década se inicia una crisis de precios a la que hay que agregar la degeneración de la caña a lo largo de toda la costa en los años veinte. Fue en los momentos del esplendor cañero, con el cambio del siglo, cuando la lucha por la posesión de la tierra y de las fábricas provocó las mayores tensiones sociales desde Velez-Málaga a Motril. El proceso de concentración de la tierra se acrecentó y simultáneamente el del aumento de mini-explotación en arriendo dependiente de las fábricas. Hacia los años veinte, en plena crisis del comercio del azúcar, se produce una disminución anormal de los rendimientos, debidas en parte a enfermedad de la

planta y en parte a degeneración natural causada por el propio método de propagación, que amenazó con la extinción del cultivo en la costa, y que fue resuelto felizmente por la introducción de una nueva variedad procedente de Java. Aquí, la caña se mantuvo por estar entregada en arrendamiento a pequeños cultivadores que carecían de otros recursos de vida fuera de esa explotación y, por consiguiente, reaccionaron ante la crisis, con una disminución del nivel de vida. Pero en la gran explotación capitalista de cultivo directo (1.000 Has.) de S. Pedro Alcántara en Marbella, la crisis de los precios del azúcar y la degeneración de la caña, agregado a que había pasado el período de exención de impuestos (al amparo de la ley que impulsaba la nueva transformación de tierras de secano en regadío con construcción de vivienda), provocó la ruina de la explotación con el abandono del cultivo y la venta de las tierras. También desapareció la vid más al oeste, en S. Luis de Sabinillas. Toda la enorme finca de S. Pedro pasó a poder de la Sociedad General Azucarera que dismanteló la fábrica e incapaz de vender toda la finca a un sólo comprador la dividió en parcelas de 8-10 Has. que se fueron vendiendo poco a poco, si se exceptúa un lote de 500 Has. que pasó a un sólo propietario. En esta finca años más tarde, después de haber sido explotada con nueva orientación de cultivos, se inició una de las grandes urbanizaciones turísticas de Marbella.

También en el extremo oriental de la costa andaluza, los parrales sufrieron crisis cíclicas en su exportación. A la expansión rápida del primer decenio siguió, en el segundo decenio, la coyuntura desfavorable de la primera guerra mundial cuya incidencia se puede seguir por los embarques en el puerto de Almería: De una cifra superior a los 2 millones de barriles en 1911, se pasó a 1.694.671 barriles en 1914 (1); 1.254.235 barriles en 1915; 766.740 barriles en 1917; 1.003.863 barriles en 1918. No obstante en 1915 los embarques fueron de 1.254.275 barriles y en 1916 casi se llegó a embarcar los 2 millones de barriles, si bien esto fue ocasional. De hecho la recuperación fue lenta y sólo en 1922 se llega de nuevo a embarcar 1,5 millones de barriles, cifra muy inferior a la de la primera década. Se insiste mucho en la crisis que supuso el cierre repentino del mercado americano en 1923, pero en los embarques no se nota pues, ese año, 1923-24, el embarque fue de 1.739.410 barriles, superior a todos los años anteriores y se mantuvo en los años siguientes. Lo que se perdió del mercado americano se desvió hacia los restantes mercados europeos. Probablemente habían disminuído los envíos a Norteamérica en los años anteriores ante las presiones de los viticultores californianos y representaba ya poco ese mercado en el conjunto de la exportación. Más influencia tuvieron enfermedades como la de la mosca mediterránea que en 1926 hizo descender los embarques a 883.390 barriles. En los años treinta se llega a un nuevo esplendor de expansión de los parrales. En 1934 el puerto envió 2.161.562 barriles de dos arrobas además de 23.000 de una y 291.000 cajas, lo que supuso un total de 50.563 Tm. cifra cercana al esplendor de la primera década del siglo. Todo esto cambió con la guerra civil española, la segunda guerra mundial y el aislamiento político y económico de la postguerra que marcarán la crisis más profunda del parral en el valle. Por eso, ya en los años veinte, se inicia en los municipios del valle bajo del Andarax el cultivo del naranjo que en los años cuarenta llegará a disputar el valle medio al parral, que para esa época había bajado de 6.500 Has. a 4.000 Has. en 1944.

En conjunto, la agricultura costera y de los valles, centrada en el regadío, que había tenido un momento de expansión espectacular en el cambio de siglo, llegaba a los años cincuenta con una desorganización de mercados por múltiples razones: bajo nivel de consumo nacional, debilidad en su capacidad exportadora por una sucesión de coyunturas adversas, dificultades de nuestra postguerra por el aislamiento internacional y con una momentánea reorientación de los cultivos hacia la sub-

(1) LARA VALLE, J. J.: 1978.

sistencia por el mercado negro. Pero todo esto hubiera tenido una importancia pasajera de no ir acompañada de una estructura de la propiedad deficiente y una descapitalización de las explotaciones sacudidas por largos años de crisis. Y, además, las pocas posibilidades de emigración habían acumulado cada vez mayores excedentes de mano de obra agrícola que, en los años del mercado negro, tuvo un respiro económico momentáneo frente al descenso de nivel del resto del país.

Un geógrafo tiene siempre el recelo de explicar el comportamiento demográfico de una comarca por las coyunturas económicas exclusivamente, pues las poblaciones campesinas tienen una serie de reacciones y valores que no permiten aceptar un determinismo en el comportamiento. No obstante hay a veces una sintonía tal entre las crisis económicas y la evolución de la población en determinadas zonas que invitan a una reflexión, pero planteando antes las bases que permitan explicar ese comportamiento.

En su libro *el Valle del Almanzora*, el Dr. Ferre Bueno, después de explicar el origen del minifundismo extremo, sobre todo en el regadío, y la distribución de la propiedad entre los siglos XVI y XX avanza un resumen sobre la relación población-tierra cultivada, extraordinariamente significativo (1). En 1753, en los datos del marqués de Ensenada existía en la comarca la relación de un hombre por una hectárea de cultivo, pero el 80% de ésta era de secano. Es decir, en tierras rentables, pues ya conocemos la esterilidad del secano almeriense, en regadío había la relación de 10 áreas por habitante, en el valle. Comparando densidades de población a lo largo del siglo XIX ésta relación continúa en el valle. La misma proporción nos encontramos en 1950: 10 áreas de tierra regada por habitante y 91 áreas de secano, de un secano que se iba abandonando. Se había aumentado la tierra regada a lo largo del siglo XIX y XX pero también había aumentado la población. En 1975 con una gran expansión reciente de las tierras regadas correspondía 20 áreas de regadío por habitante del valle. Hay que tener presente que el secano se ha abandonado en gran parte y que este aumento de tierra regada por habitante se corresponde con un aumento de las exigencias mínimas en el nivel de vida.

En resumen, desde el siglo XVIII, el valle había llegado a una saturación demográfica, incapaz de alimentar un número mayor de población, a no ser que se aumentase el regadío con lo cual la relación hombre-tierra se mantenía. De lo contrario o el nivel de vida disminuía rápidamente o se expulsaba todo el crecimiento demográfico con la emigración, a no ser que hubiera otros recursos, por ejemplo la minería. De hecho el valle ha conocido tardíamente los cultivos comerciales: sólo a comienzos de siglo se inició el cultivo de los parrales y antes de nuestra guerra civil el cultivo del naranjo en el valle bajo. Hasta entonces la trilogía cereal regadío -olivar- cultivos hortícolas, ocupaban los regadíos del valle. En los últimos veinte años cuando los cultivos comerciales cubren los regadíos del valle y se aumentan éstos, el comportamiento de la población sigue un proceso diferente a causas de las grandes migraciones españolas, y las exigencias de elevación del nivel de vida.

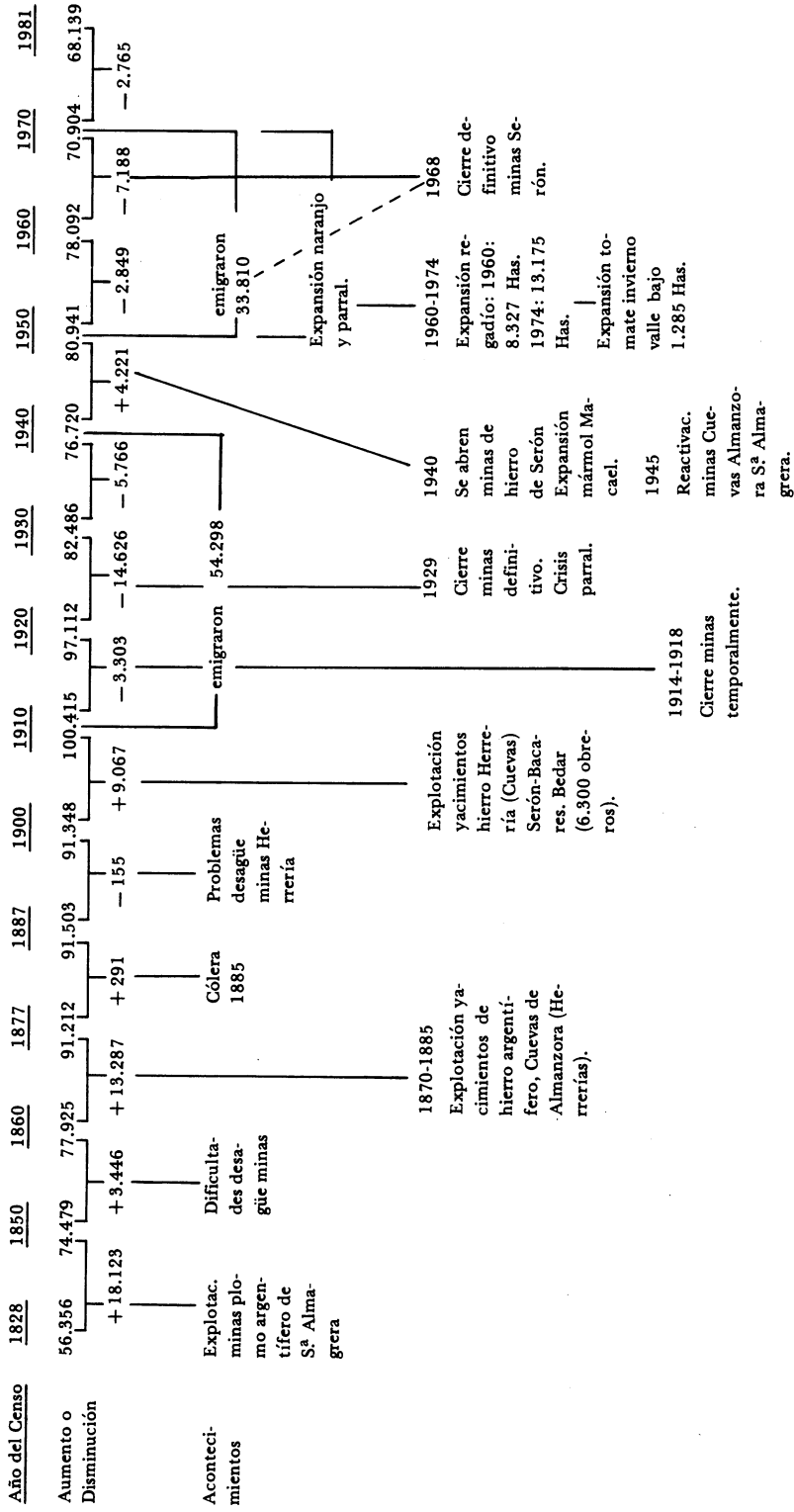
Por todo ello podemos decir que si bajo el punto de vista de posibilidades agrícolas el valle estaba saturado demográficamente desde el siglo XVIII, el comportamiento de la población en su aumento o disminuciones se debe a otros factores económicos, en concreto, aquí, a la minería, pues por sólo los recursos agrícolas habría expulsado lentamente todo su crecimiento vegetativo.

En el valle del Andarax se llega a la misma conclusión en cuanto a la precocidad del minifundismo generalizado y a la saturación de la capacidad de los cultivos del valle para mantener a una

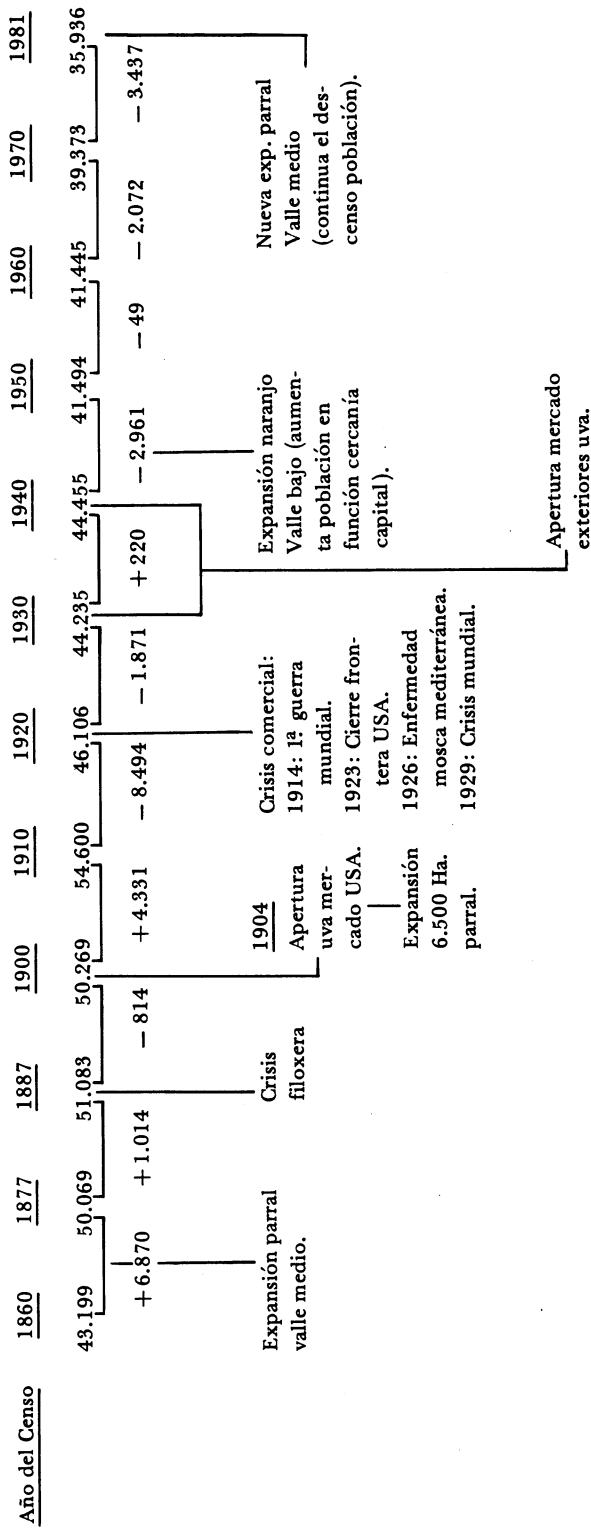
(1) E. FERRE BUENO. 1979.

VALLE DEL ALMANZORA

EVOLUCION DE LA POBLACION Y PROCESOS AGRICOLAS Y MINEROS IMPORTANTES



EVOLUCION DE LA POBLACION DEL VALLE ANDARAX



población agrícola. Aunque en el valle bajo existen propiedades “fuertes” comparadas con el minifundismo general, al estar entregadas en arriendo reproducían la mini-explotación y se deterioraba todavía más la relación hombre-hectárea de cultivo. Aquí, sin la minería del valle del Almanzora, las repercusiones de la población se corresponden con la expansión o retroceso de un cultivo comercial que pida más mano de obra para su expansión. La coincidencia con los momentos de desarrollo o retroceso de los parrales es muy interesante, aunque una interpretación definitiva requiere un espacio mayor que el presente.

LOS FOCOS TURISTICOS Y LOS NUCLEOS DE AGRICULTURAS FORZADAS

A partir de la década de los cincuenta, dos nuevas circunstancias van a modificar este paisaje agrario. Por todas partes en la costa, pero sobre todo en la costa occidental malagueña aparece un turismo nacional y extranjero que irrumpe de manera repentina. Paralelamente, más local y sin tanta transcendencia, pero igualmente renovador, aparece otro fenómeno en el este: la expansión rápida de una técnica de cultivo transformadora del paisaje, en la costa oriental granadina, en la vega de Adra, en el Campo de Dalías, en el delta del Andarax (vega de Almería) y en el Campo de Níjar, que, en medio de un mundo rural convertido desde hacía mucho tiempo en reserva de emigración exterior a Andalucía, su influencia va a ser tal que convierte, principalmente al campo de Dalías, (pero sin olvidar que la zona abarca desde la costa granadina hasta Carboneras) en un enclave de rápida inmigración, algo desaconstruido actualmente en el espacio agrícola. Todavía más al este, en la desembocadura del Almanzora, un nuevo cultivo –éste nómada– ocupa cada vez mayores espacios: el tomate de otoño e invierno con una organización típicamente capitalista, pero que no tiene fuerza para modificar el comportamiento de la población más que en pequeña escala.

El Campo de Dalías es muy fácil de describir a grandes rasgos: Se trata de una sedimentación marina pliocena de calcarenitas y margas, adosadas a la sierra de Gador y niveladas por una superficie de erosión a una altitud de 80-100 mts. y que está cubierta por una costra calcárea. Al norte del Campo, en su contacto con la sierra, inmensos conos de dreyección, de material muy grosero y cementado por costra, fosilizan la superficie de erosión. El sur del Campo ha sido elevado junto al mar por movimientos neotectónicos cuaternarios. Entre ambas formaciones –los conos y la superficie de erosión inclinada, elevada junto al mar– se formó una depresión central, donde se depositaron limos continentales de color rojizo, sin estratificar, probablemente fondos lagunares con transporte eólico. Esta depresión central fue y es, la base agrícola del Campo, frente a las otras unidades cubiertas por la costra y estériles secularmente, hasta que recientemente, rota y eliminada la costra, se ponen en cultivo las capas margosas subyacentes.

Antes de su evolución reciente, existían unas 1.000 Has. de regadío, parte, en el enclave de Aguadulce, en el extremo Este donde la depresión entra en contacto con el mar y parte, en el Ejido, en la zona occidental de la depresión, aquí captando el agua de un pozo galería construido en el siglo XIX. Algunas plantaciones de uva de Ohanes era el recurso principal, fuera de esporádicos intentos de cultivo de cereal en los secanos de la depresión central. La tierra pertenecía en su mayor parte a los municipios asentados en el piedemonte de Gador, donde se concentraba la población, frente al despoblamiento casi total del Campo si exceptuamos algún pequeño enclave en la depresión central y los núcleos de agricultores y pescadores de Aguadulce y Balerma. La propiedad del Campo era de una media inferior a 5 Has., aunque como en todo el SE. minifundista, la gran propie-

dad estaba presente, en general en tierras de secano o de pastos; pero también en el regadío, como en el caso de Balerma donde una gran propiedad tenía la mitad de toda la tierra cultivada de secano y la mayor parte de la escasa extensión de regadío. La pesca era la ocupación fundamental de los enclaves costeros.

La transformación de este espacio rural es ya muy conocida. Solo queremos indicar el esquema del modelo de su transformación que se puede definir como una lucha contra la aridez, contra la costra y contra la sal. La búsqueda del agua por el INC en la década de los cuarenta dio por resultado el descubrimiento de dos mantos subterráneos de extraordinaria potencia cercanos a la superficie con capacidad de riego para unas 12.000 Has. Con ellos se puede regar la depresión central limosa y margosa. Un futuro embalse en el valle del río Adra permitirá regar la zona elevada al oeste de El Ejido cubierto por costra y donde también se han descubierto caudales de agua subterránea en las perforaciones. En el sur del campo se ha encontrado también un depósito de agua, ésta caliente, que permitirá regar la zona sur, la de las molasas y margas cubiertas con costra.

Para los cultivos ha sido necesario una revolución técnica. Los primeros intentos de regar los limos y margas de la depresión central para el cultivo del maíz fueron un fracaso, pues el agua tiene una fuerte salinidad –entre 0,5 y 2 gr. por litro– y las tierras margosas apelmazadas y agrietadas se salinizaban por ascensión y el cultivo fue inviable. La revolución técnica ha consistido en aplicar estas aguas salinizadas a los cultivos de enarenados que ya se habían propagado por la costa oriental granadina en los años cincuenta, de donde son originarios. Con ellos se rompe la capilaridad, pues el suelo no se reseca, ni agrieta, con el calor y la concentración salina se realiza a 0,8 y 1m. de profundidad, lejos de las raíces de los cultivos hortícolas. La técnica del enarenado, además de los altos rendimientos, de la captación del calor, del valor del producto por la época de su comercialización, del ahorro del agua en un 50%, permite sobre todo cultivar, con aguas duras, plantas sensibles a la sal.

Un tercer elemento necesitó la colonización del campo. El enarenado exige una mano de obra abundante. Una hectárea necesita 5 ó 6 brazos. Por eso una familia apenas puede cultivar más de 0,7 Has. por el carácter de jardinería de este cultivo con cuatro cosechas sucesivas y que exigen un cuidado minucioso. La puesta en cultivo de grandes extensiones en una zona despoblada necesitaba una abundante mano de obra, tanto para el cultivo, como para la infraestructura necesaria: alumbramiento de agua, carreteras, caminos, conducciones de riego, transporte, labores de arranque de la costra, construcción de viviendas: toda una colonización de amplios espacios y con inversiones muy costosas. La mano de obra fue suministrada por los viejos regadíos de las hoyas de Dálías, de Berja –con sus parrales en decadencia– de los secanos de la Sierra de Contraviesa– con sus viñedos de pobre rendimiento– y de Sierra Nevada oriental, hogar de emigración tradicional. La población del Campo, (excluyendo la de la hoya de Dálías, capital tradicional, pero que queda al margen de esta colonización) era de unos 8.000 habitantes en 1950; 18.600 en 1960; 40.000 en 1970 y 55.000 en 1981. El impacto de la inmigración total a causa de los enarenados es mayor, pues a éste núcleo central del Campo de Dálías hay que agregar la huerta de Adra también conquistada por ellos, la franja costera de Berja, la vega de Almería (delta del río Andarax) los nuevos riegos del Campo de Níjar y los de Carboneras. En conjunto hay que agregar a los datos de población anteriores la inmigración o el sostenimiento de la antigua población en decadencia de esos municipios de la costa, además de la franja costera granadina desde la zona oriental de la vega de Motril. Es una auténtica transformación de un paisaje agrario y de un comportamiento demográfico.

Para un geógrafo interesado en la transformación del paisaje es interesante este modelo porque es el resultado de una conjunción del impulso oficial inicial –descubrimiento del agua subterránea y construcción de la red de riegos, elección del cultivo clave–, y por otro lado, una participación privada cada vez más importante, primero ante la amenaza de expropiación en caso de no cultivar su propiedad y luego por los beneficios del cultivo, hasta haber superado con creces la inversión oficial.

Los altos beneficios del cultivo provocaron una fiebre pionera de compra de tierras y su transformación que se asemeja, en la rapidez de cambio del paisaje y en la atracción de inmigrantes, a lo que estaba ocurriendo en la misma época con la especulación turística de la costa malagueña. Pero aquí el capital es preferentemente nacional y local en operaciones de pequeña escala (aunque supongan más de un millón en una hectárea) y con crédito bancario nacional. Como en toda colonización espontánea y rápida, la evolución del habitat ha sido de total anarquía, como la puesta en marcha de los campos de enarenados y el único medio eficaz de estudiar la transformación es el uso de la fotografía aérea. Solamente los poblados de colonización y sus zonas de cultivo muestran el orden de una planificación previa.

Un aspecto humano negativo es la casi imposibilidad de acceso de los inmigrantes sin medios económicos a la propiedad, ante la elevada cotización de las tierras. Tienen que emplearse o como medianeros o en el sector de la construcción o en los servicios. La generalización de la medianería perpetúa un sistema tradicional en las tierras pobres del sureste andaluz, pero aquí se considera que es casi la única fórmula del pequeño propietario absentista que con capital propio o a crédito bancario transformó la tierra, pero no se dedica directamente a su cultivo, pues muchas veces tiene una profesión liberal. El enarenado exige tal cuidado y previsión de planta a planta que sería inviable hacerlo mediante obreros agrícolas. O se cultiva directamente o mediante esta fórmula que asocia el interés del mediero, pero que en realidad se convierte en un trabajo a destajo. El acceso a la propiedad en estos nuevos regadíos de enarenados lo han conseguido antiguos jornaleros y pequeños propietarios –tanto en el Puntalón (Motril) como en los Campos de Dalías y Nijar– en los poblados de colonización del IRIDA.

Hay otros aspectos también menos brillantes en este desarrollo. Apenas aparece una agricultura comercial entra dentro de unos mecanismos de distribución del producto que son exteriores a ella. Y el individualismo con que se ha hecho esta transformación del paisaje no ha facilitado el tener la visión clara de la necesidad de una organización comercial. Por eso los beneficios totales quedan limitados por el sistema de comercialización que ha sido organizado por murcianos y valencianos desde el exterior. El número de corridas o alhóndigas supera con mucho el centenar. Son almacenes donde un propietario, mediante una comisión, ofrece un suelo de cemento sin suficientes condiciones higiénicas y donde entran en contacto una multitud de pequeños agricultores con un limitado grupo de mayoristas. La concurrencia no puede ser más imperfecta por ignorar estos agricultores la situación del mercado y en lucha entre sí por vender sus productos, percederos en el día, frente a los mayoristas que previamente se han puesto de acuerdo en los precios que van a ofrecer.

De esta manera este frente pionero de gran potencia (el valor bruto de la producción por Ha. supera el millón y medio de Pts. y hay más de 15.000 puestas en cultivo) queda minimizado por su dependencia de un grupo exterior a la región. La misma rapidez de transformación y la facilidad de ventas les ha hecho olvidar esta dependencia, demasiado peligrosa, del exterior.

Mientras la demanda de productos hortícolas a buen precio ha ido creciendo en los meses de invierno y primavera todo fue bien en el Campo, a pesar de que el beneficio principal lo obtienen los mayoristas sin haber invertido previamente en el campo como lo hacen los agricultores. Pero ya se notan épocas de saturación del mercado ante los problemas de exportación y el temor a la crisis ha aparecido ya en el campesinado, indefenso ante ella. Pero todos tienen presente la posible entrada de España en el Mercado Común que vitalizaría más estos cultivos.

Otro problema no debe de minimizarse. La propagación de enfermedades por la repetición de los mismos cultivos sobre el mismo campo, agregado a la inseguridad de la red de aprovisionamiento de semillas en buen estado sanitario, lo que obliga a un empleo masivo de productos fitosanitarios. No es de extrañar que, al estar respirando el agricultor continuamente, dentro del invernadero, en un ambiente húmedo a cuarenta grados de calor, los productos pesticidas espolvoreados, que flotan en el ambiente, se inicien casos de enfermedades en las vías respiratorias. Habrá que tener presente las condiciones sanitarias del trabajador dentro del invernadero.

Frente a este núcleo transformador del paisaje agrario y foco de inmigración situado en la costa y polarizado alrededor del Campo de Dalías, los valles de regadío tradicionales, (valles del Andarax y Almanzora) los elementos más dinámicos e inversores del siglo pasado y primera mitad del presente, languidecen y se despueblan. A pesar de la recuperación de la exportación uvera y naranjera de los años sesenta, persisten los defectos estructurales de la propiedad con su minifundismo biseccular que no ha permitido la acumulación de capital en la comarca y la dependencia total de la red comercial murciana y valenciana que indican una dominación exterior. Este es un factor fundamental, pues hay una doble dependencia, la de los precios internacionales y el ser periferia de una red comercial que primero busca la salida de los productos de su propia región y comercializa la almeriense como un complemento. Si agregamos la anarquía de las variedades, fruto del individualismo, se comprende la dificultad de tipificar e incluso de organizarse a base de cooperativas, para lo cual es necesario un cierto nivel de formación intelectual y de experiencia de negocios.

La población del valle del Andarax pasó de 44.494 hab. en 1940, a 35.936 en 1981. En el valle del Almanzora, de 76.720 en 1940, a 68.139 en 1981. En ambos casos, la despoblación es de la parte alta y media del valle, pues el valle bajo mantiene su población o aumenta como en el Almanzora. En éste por la propagación de un nuevo cultivo, en el Andarax por la influencia de la cercanía de la capital.

Así pues, el movimiento migratorio español de las décadas de los sesenta y setenta ha afectado profundamente a estas agricultores envejecidos que carecen de iniciativa y de capital para transformar sus naranjales repoblando con variedades mejor cotizadas en el mercado. Solamente en el curso bajo del Andarax, la burguesía almeriense ha iniciado un proceso innovador. Los parrales almerienses padecen además una crisis más profunda. La ventaja indiscutible de la uva de Ohanes que consistía en su resistencia al transporte ha ido disminuyendo con la red de frío y los transportes rápidos que favorecen a otros viñedos de uva de mejor calidad, aunque lo tardío de la maduración de la uva almeriense sigue siendo un factor ventajoso. Y también aquí, fuera de actuaciones aisladas, falta capacidad inversora a estos parraleros minifundistas. Con todo, la descapitalización no hubiera impedido las inversiones transformadoras de no estar el agricultor desorientado sobre el futuro de un mercado que no tiene posibilidad de controlar, ni de prever, ni siquiera en su red nacional.

Una técnica nueva ha penetrado recientemente desde el este proveniente de Alicante y Murcia: el cultivo "nómada" del tomate canario de otoño e invierno. Iniciado en Alicante por cultivadores canarios en la década de los cincuenta, su técnica fue rápidamente adoptada por los agricultores alicantinos y murcianos (por las mismas fechas en que se propagan los enarenados por la costa granadina hacia el este, y se inicia el chirimoyo por el valle de Almuñecar). En la década de los sesenta penetra en Almería, en la cuenca baja del Almanzora cuando ya los enarenados cubrían amplios espacios de los nuevos regadíos del Campo de Dalías, y llegan hasta Carboneras cerca de la desembocadura del Almanzora.

En realidad este cultivo "nómada" de tomate de invierno no es una revolución técnica, como el enarenado. Se trata solo de un cultivo "forzado" por la intensidad de inputs en abonos y cuidados.

De un semillero, se trasladan las plantas, en el verano, al campo y mediante un tratamiento intensivo y aprovechando la suavidad de temperatura lanzan estos tomates en otoño e invierno cuando escasean en el mercado. No necesita las grandes inversiones del enarenado, aunque su producción es la mitad del enarenado y 1/3 del invernadero.

Su sistema de cultivo es semejante al de los cultivos forzados de la costa oriental malagueña con dos diferencias. La primera que aquí se trata, en el sureste, de un solo cultivo mientras que en la costa oriental malagueña son cultivos simultáneos, aunque escalonados en la recolección, de varias especies de hortalizas. Y sobre todo, porque varía de sitio de un año a otro de ahí su "nomadismo" a semejanza de lo que ocurre en la agricultura tropical primitiva. Solo que aquí el motivo no es el agotamiento de la fertilidad, sino la proliferación de hongos y todo tipo de enfermedades que hacen disminuir la producción en el segundo año y amenazan destruirla en el tercero a no ser que -como se hace en los enarenados y en los cultivos forzados de la costa oriental malagueña- se trate intensivamente la tierra con productos fitosanitarios. Enfocado bajo el punto de vista puramente económico, les resulta más rentable cambiar cada año el lugar de cultivo (1).

El cultivo lo llevaron a la desembocadura del Almanzora empresas capitalistas que compran el agua y arriendan un terreno llano, generalmente los glacis de secano tan abundantes en la comarca. Mediante tuberías de plástico de centenares de metros y pequeños embalses escalonados llevan el agua a los campos previamente preparados con maquinaria moderna, para trasladar todo este equipo móvil al terreno cercano, al año siguiente. Los campesinos del bajo Almanzora han imitado la técnica, pero sin los medios de estas grandes empresas. En campos propios o alquilados de regadío cultivan tomate siguiendo el mismo modelo nómada de las grandes empresas. Este campo abandonado es muy bueno para otros cultivos al año siguiente, pues las enfermedades existentes son del tomate pero no atacan a los otros cultivos, que progresan muy bien en estos campos bien abonados el año anterior para el tomate. Esta circunstancia ha favorecido la propagación del cultivo. Este nomadismo supone el consumo de grandes espacios, pero al cabo de varios años puede de nuevo cultivarse tomate en el sitio inicial. Todo esto supone una llamada de brazos para este cultivo de invierno y el que los municipios del bajo Almanzora hayan aumentado ligeramente de población, frente a la despoblación general del resto del valle.

(1) E. FERRE BUENO. 1979.

Si el centro de desarrollo e inmigración del sector costero oriental andaluz es esencialmente agrícola, fruto de una revolución técnica en los cultivos, el foco de despegue occidental se debe fundamentalmente al desarrollo del sector terciario, por obra del turismo.

En la costa del sol malagueña, también en la década de los cincuenta, se inicia esta transformación del espacio que se propaga a toda la costa. Es tan conocida su localización que es supérfluo detenerse en ella. Se pueden agrupar los complejos turísticos alrededor de tres núcleos principales: Torremolinos-Benalmádena; Fuengirola-Mijas; Marbella-S. Pedro Alcántara. Alrededor de estos grandes núcleos existe una aureola de urbanizaciones aisladas, sobre todo, entre Fuengirola y Marbella y entre Marbella y S. Pedro que en realidad es lo mejor logrado de la costa.

Aquí se encuentra la mayor concentración turística de toda la costa andaluza. Hacia el este hay una franja costera llena de pequeñas urbanizaciones que ocupan prácticamente toda la costa desde Málaga hasta el Rincón de la Victoria. Le siguen núcleos aislados de importancia alrededor de las poblaciones costeras, Torre del Mar, Algarrobo costa, Torrox costa, Nerja, Almuñecar, Torrenueva etc., hasta terminar en Roquetas de Mar, Aguadulce, Almería, Mojacar.

Hablar del turismo de la costa del Sol supone una opción, la de elegir solo algunos aspectos dentro de la riqueza de elementos de análisis. Es fácil caer en la tentación de estadísticas y curvas de progresión de visitantes o bien en temas de gran interés como el estudio urbano de esta gran ciudad lineal como es la costa entre Marbella y Málaga. Establecer la tipología de las ciudades turísticas es otra tentación por la variedad que se encuentra en la costa del Sol. Pero fiel a nuestro propósito inicial hablaremos de él solamente como elemento transformador del paisaje en su conjunto y polarizador de la economía regional.

En primer lugar el turismo ha volcado el peso demográfico regional hacia la coosta al ofrecer unas grandes posibilidades de empleo y con eso atraer una rápida inmigración. En segundo lugar, como devorador del espacio agrario ha convertido en espacio urbanizado gran parte de la costa occidental. Esto ha tenido como consecuencia una desorganización del mundo agrario que ha reaccionado de modo diferente ante su presencia. Todo esto ha implicado la polarización de los recursos económicos y, por consiguiente, de la mano de obra, alrededor de los centros turísticos al establecer unas relaciones laborales nuevas, no sólo en la costa, sino con el interior. El resultado ha sido una transformación de la economía regional, una elevación de la renta, pero sobre bases tan frágiles que ha bastado una contracción de la demanda turística para sumir en el paro tanto a la capital como a parte de la costa y al post-país. Solo podemos insinuar cada uno de estos hechos que están tan relacionados entre sí que basta el retraso o paro de uno de ellos, en la evolución, para que se desorganice el conjunto. Otros elementos del análisis son todavía más interesantes: la transformación de las mentalidades y la dependencia del exterior –causa decisiva en la fragilidad de todo este engranaje– en parte por el primitivo enfoque oficial dado al turismo, como elemento captador de divisas para inversiones productivas en otras regiones y por el desvío del interés regional de otras actividades más estables y equilibradas. Además y no es lo menos importante, la eliminación de la población autóctona del control de su suelo y de la nueva dinámica económica. Ya se puede suponer que sólo podemos recordar ligeramente estos aspectos.

La evolución demográfica de los cinco municipios más afectados por el turismo (Benalmádena, Fuengirola, Estepona, Marbella, Mijas) ha sido espectacular:

1950	38.711 habitantes.
1960	44.010 habitantes.
1970	94.016 habitantes.
1981	142.111 habitantes.

Si les agregamos Torremolinos: 169.164 habitantes.

Hemos tomado en este último censo la población de derecho para eliminar los transeuntes que en la época de su elaboración –marzo– pudieran estar en la costa. Algunos núcleos han tenido crecimientos espectaculares.

	<u>1960</u>	<u>1981</u>
Marbella	13.231	60.172
Benalmádena	2.725	13.612
Fuengirola	8.492	29.160

Más moderada ha sido la influencia del turismo en la costa oriental malagueña (donde se junta además el gran desarrollo agrario). Los cinco municipios de esta costa (Rincón de la Victoria, Vélez Málaga, Algarrobo, Torrox, Nerja), tenían 58.698 habitantes en 1960; 69.011 habitantes en 1970; 76.118 habitantes en 1981. En realidad esta menor incidencia se debe al estancamiento de la población de Vélez Málaga.

Al mismo tiempo, la población de Málaga capital pasaba de 276.222 habitantes en 1950 a 502.232 habitantes en 1981 (incluido Torremolinos).

En resumen, en la franja costera desde Estepona a Málaga capital viven 644.293 habitantes (frente a 314.933 habitantes en 1950) y si le agregamos la franja costera oriental hasta Nerja suman un total de 720.451 habitantes de los 1.025.609 de toda la provincia, es decir el 70%. Aparecería mayor todavía la concentración si le agregásemos los municipios del bajo Guadalhorce que en realidad forman casi una unidad con la ciudad de Málaga.

Así pues, el peso demográfico de la provincia está en esta costa, sobre todo desde Málaga a Estepona y todavía se acentúa más si se considera la población turística flotante en los meses de verano, que tiene la influencia decisiva de que se haya concentrado en la costa toda esta población fija.

El grado de ocupación por el turismo del espacio agrario en la zona central, entre Benalmádena y Marbella comprende más de 7.000 Has. Lo que esto representa es fácil de imaginar si se comparan los siguientes datos entre lo edificado en 1950 y 1981.

En 1950, en los cinco municipios: Benalmádena, Fuengirola, Mijas, Estepona y Marbella había 7.335 edificios construidos que comprendían 9.618 viviendas (eso supone que en la mayoría de los edificios solo había una o dos viviendas).

En 1981 el censo de edificios nos ha dado el siguiente resultado.

		1981
28.345 edificios	}	77.859 viviendas
		12.202 locales
		233 colectivos (preferentemente hoteles).
Torremolinos: 4.700 edificios	}	17.254 viviendas
		3.613 locales
		118 colectivos (preferentemente hoteles).

Si unimos Torremolinos a los cinco municipios anteriores:

33.045 edificios	}	95.113 viviendas
		15.818 locales
		351 colectivos (preferentemente grandes hoteles).

Como gran parte de las viviendas de 1950 han sido remodeladas, a estas cifras de 1981 hay que rebajarle unas 2.000 viviendas sin remodelar posiblemente. Si agregamos a este volumen de viviendas las obras de infraestructura, la red de caminos de las urbanizaciones, jardines, colectores, etc., da un volumen de inversiones gigantesco en el espacio de 25 años: una gran ciudad con mayor gasto por la multiplicación de pequeños enclaves y por eso de mayores necesidades en infraestructura. Eso puede indicarnos la llamada de brazos para la construcción y para la puesta en marcha de hoteles, locales, etc.

En 1975 se calculaba que se había generado en esa parte de la costa unos 65.000 puestos de trabajo a causa directamente o indirectamente del turismo, además de unos 15.000 que no tenían relación con el turismo, pero que eran fruto del crecimiento demográfico y aumento del nivel de vida provocado por el turismo.

Se comprende la inmigración de mano de obra, la hipertrofia del sector de la construcción y el trasvase de los antiguos jornaleros agrícolas, medieros, pequeños propietarios a la construcción y a los servicios. Si a esto agregamos la llegada de una masa de inmigrantes a los nuevos puestos de trabajo se comprende que el sector agrícola, que era predominante en todos los municipios, haya pasado a tener un lugar insignificante en la población económicamente activa.

En 1950, en Mijas, el sector primario comprendía el 85% de la población económicamente activa. Todavía en 1965 conservaba el 75% para pasar a ser el 8,8% en 1975. El censo de 1981, que estamos estudiando en estos momentos en la costa, nos dará unos porcentajes menores y un gran número de jubilados. En Marbella en 1975 figuraban el 6,5% como pertenecientes al sector primario. El censo de 1981 nos demostrará que el sector agrario ha sido barrido y solo quedan un número insignificante de actividades agrarias, la mayor parte de ellos a tiempo parcial.

Aunque en un artículo próximo analizaremos la estructura de la población de este núcleo turístico en profundidad, no queremos dejar de indicar aquí que la población autóctona de estos municipios costeros no estaba preparada –fuera de una pequeña élite– para esta nueva orientación económica y mucho menos al producirse esta de un modo tan repentino. Por eso ha pasado a ser la mano de obra de los estratos más sencillos de las ocupaciones turísticas (construcción, bares, jardineros

para las urbanizaciones, y los oficios más sencillos, como limpieza, al servicio de los hoteles, en las mujeres) y, naturalmente, la más expuesta al paro en momentos de crisis grave, especialmente por haber perdido sus antiguas tierras. Bajo este aspecto, el turismo se ha comportado en la costa como sobre un país colonizado.

Estudiar las incidencias del turismo en la transformación del espacio rural de la costa occidental da base para elaborar un modelo de comportamiento de un espacio agrícola ante la irrupción masiva del turismo, lo que nos permitiría comparar con otros modelos de comportamiento en las diferentes costas españolas. Aunque en un próximo artículo analizamos detenidamente este modelo queremos enumerar aquí un breve esquema.

Distintas variables entran en juego. Primero, el cambio en el uso de la tierra al aparecer una especulación de ventas con unos precios de solares que inducen a la venta para las urbanizaciones. Además una competencia en el empleo al hacer una llamada de mano de obra que, si en un primer momento libera brazos sobrantes de la agricultura, incide de modo definitivo después en el cambio de profesión del sector agrícola al terciario y de construcción, al no poder competir los salarios agrícolas con los del turismo. Se agrega que, con la inmigración de personas que trabajan en el sector terciario, la proporción de personas activas del sector agrícola disminuye de tal forma que la agricultura apenas representa nada en el conjunto de la economía municipal. De ahí la pérdida de interés por ese sector. En tercer lugar, la posibilidad de aumentar el nivel de consumo de productos agrícolas de la región. Este último caso apenas se da en nuestra costa porque sus productos son especializados y apenas tienen relación con el turismo. Estas tres variables evolucionan de modo diferente según sea el modo de incidencia turística. El turismo puede tener una incidencia sencilla y progresiva o rápida y masiva, como en el caso de la costa occidental.

Antes de describir su incidencia hay que distinguir el grado de ocupación turística que puede ser:

- a) Masiva y repentina, con lo cual se convierte en poderoso transformador del paisaje de modo que desorganiza primero y barre, luego, la estructura agraria anterior. La agricultura que aparezca después no será como la anterior y llevará la marca de la nueva organización económica comarcal. Este es el caso de la costa occidental malagueña entre Benalmádena y Marbella-Colonia de S. Pedro.
- b) Bordeando este núcleo central de concentración turística, hay dos zonas periféricas: una, la franja costera entre Estepona y Manilva, donde el turismo está presente moderadamente y ha convertido también zonas agrícolas en urbanizadas; otra el piedemonte montañoso costero y el que mira a la cuenca del Guadalhorce, donde el turismo no está presente y se limita, como también en la franja costera anterior, a influir con la demanda de mano de obra para la construcción en la zona central. En ambos casos de esta periferia, la ocupación de la mano de obra agrícola existente será atraída por el sector central y el sector agrario o se transformará en cuanto a la organización de cultivos o, por el contrario, contribuirá a fijar estructuras agrarias arcaicas. En ambos casos aparece masivamente la figura de la agricultura a tiempo parcial.
- c) Una zona alejada del núcleo central turístico y donde el turismo está también presente e influye en la transformación del espacio agrario con sus urbanizaciones. Es el caso de la costa oriental malagueña, desde Torre de Mar hasta Nerja. El turismo tuvo una influencia renovadora econó-

mica, devoradora del espacio agrario, pero la agricultura de la costa evolucionó de modo autónomo mientras que el post-país montañoso –la Axarquía– se convirtió en la reserva de mano de obra de las construcciones de la costa.

Siempre fieles a que sólo queremos indicar un esquema de comportamiento que en otro estudio desarrollaremos, presentamos brevemente la reacción de cada uno de estos espacios.

En el núcleo central, el espacio agrario fue totalmente desorganizado y transformado en urbanizaciones o reducido a barbecho social esperando su venta para nuevas construcciones. Quedan naturalmente parte de los espacios cultivados anteriormente, pero, en general, se trata de parcelas que al no haberse podido vender mantienen los antiguos agricultores que ahora trabajan en el sector turístico y los cultivan como ocupación secundaria, sin inversiones, como un complemento del suelo o como un posible refugio en tiempos de recesión.

La nueva agricultura que ha aparecido ocupa pequeños espacios y es una agricultura de grandes inversiones, cultivo directo sin obreros, pues no puede competir con los sueldos del turismo. Pero aunque es muy interesante, esta agricultura apenas significa nada en la economía local.

La zona periférica de este núcleo central es más variada en su organización agraria. En la franja costera, parcialmente ocupada también por el turismo (Estepona-Manilva) la población va en buena parte a trabajar al núcleo central, a la construcción, ya que en Marbella, continúa, aunque más moderado, el ritmo de crecimiento turístico. El aire renovador de la agricultura que, es general en toda la costa mediterránea andaluza, ha conducido a estos pequeños propietarios a buscar un cultivo de poca mano de obra que les permita simultanear con el trabajo en el turismo. Y el cultivo elegido ha sido las plantaciones de limones variedad “fino” que se vende bien en el mercado exterior, al margen del turismo.

Pero también ha aparecido una agricultura que está pensada para el mercado turístico y que ocupa abundante mano de obra: la uva temprana moscatel y cardinale que aparece en el mercado en julio y agosto en el momento de plena ocupación turística. El turismo ha tenido pues una influencia si no en el ambiente renovador agrícola, que eso es general a toda la costa andaluza, sí en la elección de los cultivos que están modificando el espacio agrario.

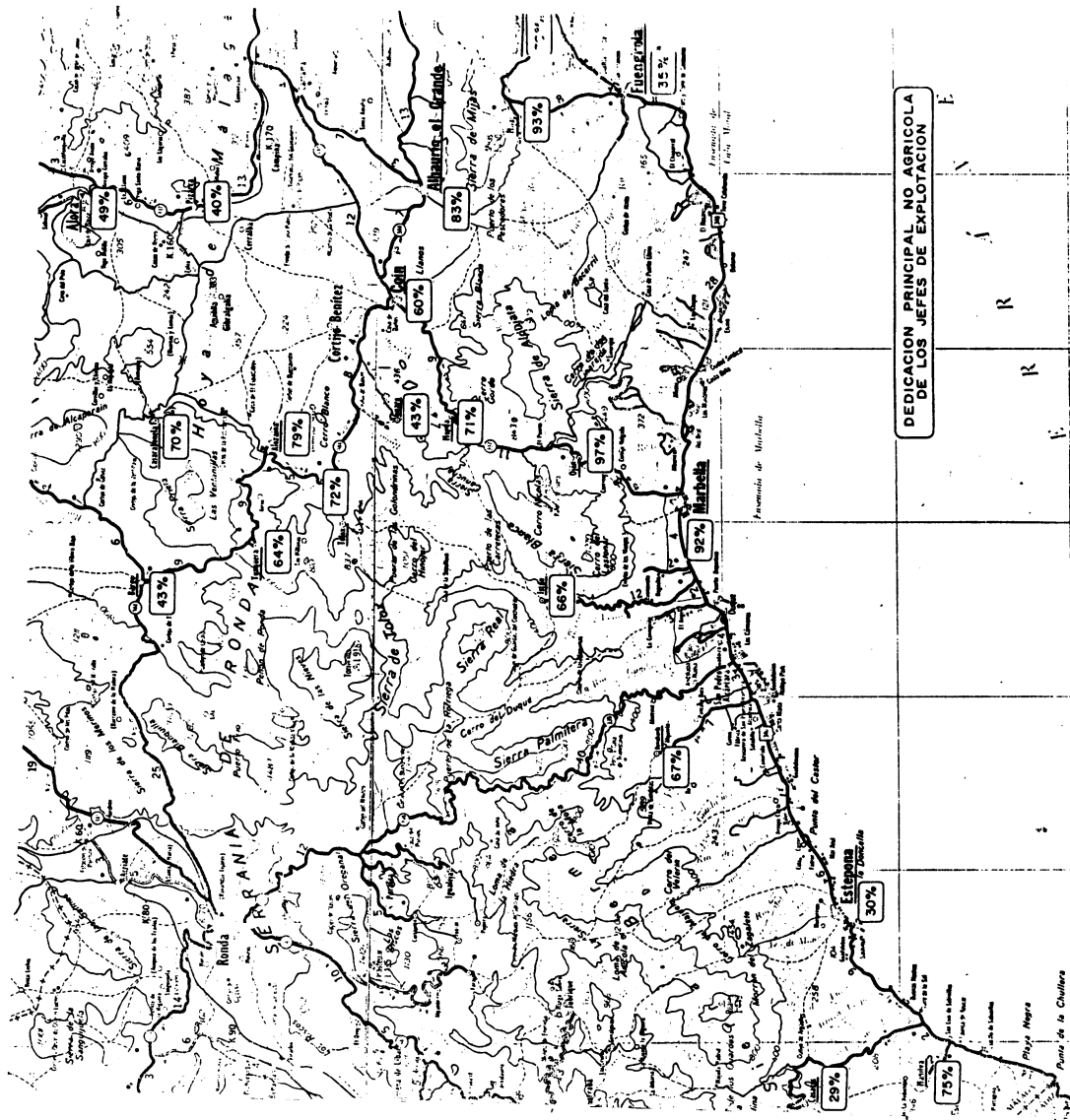
En la otra zona periférica a este núcleo central costero, la agricultura era y es por la exigüidad del espacio agrario –peridotitas, calizas marmóreas– casi inexistente fuera de un pequeño ruedo regado y abancalado junto a la población. Los pueblos se convirtieron en “dormitorios” pues su población baja masivamente a trabajar a la costa. La atracción del núcleo central, en el momento de máxima expansión, llegaba hasta los piedemontes que miran al valle del Guadalhorce al otro lado de la barrera costera montañosa de donde partían, en autobuses o por medios propios a la costa, para la construcción y hoy día bajan algunos todavía a cobrar el seguro de desempleo. Pero aquí el turismo no tuvo influencia, ni para modificar la estructura de la propiedad, ni los cultivos, más bien un policultivo sobre pequeños espacios regados que han subsistido. El trabajo en la costa fue sólo un complemento económico sin dejar su agricultura tradicional.

El censo agrario de 1972 elaborado en un momento de expansión turística reproduce, de alguna manera, la llamada de brazos a la costa. Naturalmente no puede darnos datos sobre esta afluencia

cia de obreros a la construcción, pero es indicador que los propios jefes de explotación de los municipios del piedemonte costero –Istán, Ojén, Benahavis y los del Guadalhorce, (Coín, Alhaurín el Grande, Alozaina, Tolox, Yunquera)–, declaren que son agricultores a tiempo parcial. Por supuesto que antes que ellos descendieron los jornaleros, y los hijos de los jefes de explotación envejecidos. Aunque según la mentalidad del censo, es agricultura a tiempo parcial la del agricultor que dedica su tiempo a trabajar en fincas de otro, en el caso de estos piedemonte se trataba del trabajo en el sector de la construcción en general. En el mapa adjunto se ven rutas de atracción: Marbella-Ojén, Monda, Coín, Alozaina, Tolox, Yunquera; Fuengirola-Mijas, Alhaurín Grande. Fuengirola aparece como un fenómeno extraño pues su término municipal casi ha desaparecido bajo las urbanizaciones. Pero subsistían 49 jefes de explotación de los cuales 32 declaraban que se dedicaban preferentemente a la agricultura, aunque 19 de ellos tenían más de 65 años.

En la costa oriental malagueña, el turismo, pasado el Rincón de la Victoria, se reduce a lo largo de la costa a núcleos de concentración en Torre de Mar, Algarrobo costa-Caleta de Vélez, Torrox costa, Nerja. Ha devorado efectivamente espacios cultivados, pero no ha afectado a la mayoría de las tierras cultivables. Coexiste una agricultura progresista con el turismo, aunque viven uno de espaldas al otro en muchos aspectos. En los mismos años en que se desarrollaba el turismo –fruto de la elevación del nivel de vida europeo– se da el proceso de desarrollo español de los años sesenta. Toda esta “solana” de clima excepcional por su benignidad tenía unas potencialidades agrícolas que solo esperaba un mercado que pudiera pagar productos caros fuera de estación. Mientras se extendían los enarenados en la costa granadina y Campo de Dalías, se establecieron aquí cultivos “forzados” de otoño y primavera abancalando las laderas del valle del Vélez y de Algarrobo e introduciendo invernaderos sobre enarenados en el valle de Torrox. Se elevó el agua de pozos del fondo de los barrancos y se aseguraron las dos cosechas anuales con productos hortícolas de alto precio. Esta horticultura no está al servicio del turismo, en primer lugar por la época de producción, en el momento en que el turismo es casi inexistente. Los campos descansan en el verano y los agricultores siembran entonces sus semilleros esperando su trasplante a los campos en otoño. Además estos productos son de un precio de costo más caros que el precio del mercado de las hortalizas que llegan por el verano. Estas llegan del interior, de los regadíos que podemos llamar extensivos, es decir con menos inputs que los de la costa. El paro encubierto que existía en esta agricultura de la costa antes de su despegue fue absorbido por la intensificación de los cultivos. Y aunque también suministró algo de mano de obra a los trabajos de la construcción de los apartamentos de la costa, la mano de obra para ésta fue suministrada principalmente por las poblaciones de la Axarquía y de los Montes de Málaga. En el período álgido de demanda de mano de obra para la construcción algunos de estos pueblos se convirtieron en “dormitorios” de la zona costera. Aunque la dedicación de estos agricultores costeros es a tiempo completo, se ha iniciado la plantación de aguacates en sistema de riego por goteo, lo que permite en pequeñas extensiones la agricultura a tiempo parcial.

La atracción de la mano de obra en este piedemonte –sin perspectivas agrícolas– de la Axarquía y Montes de Málaga fue muy fuerte. Después de haber emigrado entre 1960-70 unos 16.000 habitantes (de los 60.736 que tenían en 1960) sus pueblos se convirtieron casi en dormitorios de los trabajadores de la Costa. Teniendo como centro de recogida a Vélez Málaga, salían todos los días autobuses a trabajar a Málaga, además de los que bajaban directamente a las urbanizaciones de la propia costa oriental. Presentamos un pequeño mapa con la intensidad de la agricultura a tiempo parcial de los jefes de explotaciones agrarias, por supuesto al margen de los jornaleros e hijos de agricultores. Ellos nos indican rutas de atracción: Vélez-Benamocarra, Iznate; Vélez-Benamargosa-



Cútar. Algarrobo-Archez-Cómpeta-Canillas Albaida. En cambio, en la costa, la mayor parte de los jefes de explotación quedaban absorbidos por sus explotaciones de cultivos forzados de invierno.

Pero lo que no se puede contabilizar es el abandono general de la agricultura por los hijos de los agricultores a lo largo de toda la costa atraídos por los nuevos puestos de trabajo del sector turístico. Es el punto más importante de la transformación agrícola de la costa: la dificultad de renovación aún en la zona de mayor inversión en la agricultura de la costa del sol malagueña.

Hoy día estos desplazamientos desde la Axarquía a trabajar a la costa, han disminuido bruscamente. La crisis del turismo llegó a estas poblaciones en el momento en que se cerraba el mercado de trabajo europeo y la emigración a otras regiones españolas quedaba prácticamente eliminada. La retención de la población va acompañada de una disminución en la renta. Nuevamente, como en la filoxera, pero aquí por una actividad que provenía de la costa –no del interior como en los tiempos de la vid–, se asiste a una desorganización de la vida local.

A partir de 1974 esta polarización del empleo alrededor del turismo que organizaba la vida regional entró en crisis. Fue en estos momentos cuando en la conciencia de todos aparecieron claramente los defectos estructurales sobre los que se había montado el desarrollo turístico y cuando se insistió en el desequilibrio regional provocado por él. Antes de analizarlo muy brevemente, pues es más bien un tema de enfoque nacional, hay que reconocer e insistir en que fue el turismo quien transformó y sostiene la economía de esta costa y de ser una zona deprimida la convirtió en un eje de crecimiento provincial y foco de intensa atracción migratoria, al mismo tiempo que elevaba la renta per cápita. Lo que pretendemos es analizarlo como modelo de desarrollo regional, dentro de un contexto de dominación exterior y sería muy útil compararlo con otras zonas sobre todo la costa mallorquina y la costa Brava.

El turismo transformó la economía malagueña como un proceso dominante casi un “monocultivo”, fruto de unos mecanismos que no controlaba desde dentro.

Los pasos del modelo de despegue son muy sencillos y conocidos y han sido analizados ya en el momento de la crisis. Comprenden dos fases: Ante una demanda de plazas hoteleras y de apartamentos, la iniciativa privada responde en una primera fase con un ritmo de construcción extraordinario. La tierra se convierte en solares, al menos potenciales, que van cayendo en manos de inmobiliarias constructoras, unas locales y otras más potentes, de capitales exteriores a la región, del Norte y Centro de España, y preferentemente extranjeros que construyen grandes complejos turísticos y los venden, para pasar a una segunda fase, la explotación de los mismos como industria hotelera o similar (apartamentos alquilados, lo más frecuente en la Costa del Sol). En esta segunda fase, la oferta de plazas hoteleras es de tal volumen que su explotación tiene que canalizarse a través de grandes agencias de viajes capaces, a su vez, de encauzar los deseos del turista hacia donde se reúnan las condiciones más idóneas, especialmente bajo el punto de vista económico. La explotación de hoteles-apartamentos queda así dependiente de la capacidad de atraer por sus condiciones a las grandes agencias de viaje sobre todo extranjeras.

De las dos fases del proceso, la primera es la que ha originado la mayor transformación del empleo.

Por lo que a acumulación de capital se refiere la primera fase del proceso fue también la más beneficiosa. La especulación se movió a niveles desorbitados ante la actitud pasiva de la administración que eludió todo control que desanimase o hiciese titubear las inversiones, pues siempre tuvo como objetivo básico que el turismo extranjero concentrara en España las plazas necesarias, a fin de obtener un creciente número de divisas con que financiar, como se sabe, el establecimiento de un sector secundario productivo en otras regiones. La fase de ventas por las inmobiliarias extranjeras se efectuó sin control alguno, incluso los capitales obtenidos pudieron repatriarse libremente, pues las pequeñas limitaciones teóricas que a ello se oponían quedaban eliminadas ante la ausencia de control fiscal serio.

Todo este esquema de desarrollo entró en crisis cuando las dificultades de las economías europeas produjeron un estancamiento en el crecimiento de la demanda turística. La reacción de las inmobiliarias fue paralizar la construcción y, con ello, todo el proceso de empleo en la zona, organizado alrededor de ellas.

El paro alcanzó niveles extraordinarios, en la zona costera, en la ciudad de Málaga y en el postpaís dependiente en empleo del turismo. Además incidió otro proceso. En los primeros años de la década de los sesenta, la provincia de Málaga enviaba emigrantes al exterior, pero a lo largo de esa década se convirtió en un poderoso centro de inmigración como lo indica el crecimiento demográfico de la costa. Y en pleno proceso inmigratorio, apareció brutalmente la paralización de la construcción.

La explotación hotelera ha seguido su curso normal, pero no es brillante. Hoy puede decirse que está descapitalizada. Desde el primer momento, frente a la libertad concedida a las inmobiliarias existió el control estatal de los precios, a fin de que resultaran atractivos, y eso limitó la capacidad de acumulación. Más tarde caerían bajo la dependencia de agencias internacionales que progresivamente impondrían condiciones más duras de modo que los establecimientos hoteleros han tenido que desenvolverse con márgenes muy moderados frente a la subida de precios y salarios.

Se comprende que ante un paro que en la ciudad de Málaga alcanza valores de 20-21% de la población económicamente activa, la disminución de la renta per cápita y la profundidad de la crisis afecte a toda la economía regional que debe plantearse una salida por una diversificación mayor de modo que el turismo deje de ser la única fuente de riqueza. Más adelante hablaremos de ello.

Frente a la decadencia de los valles almerienses, el curso bajo del valle del Guadalhorce, en la provincia de Málaga, tiene una evolución más contrastada. A tres unidades naturales corresponden tres paisajes humanos en el valle. Un piedemonte, con poblamiento muy antiguo y estructura agraria minifundista donde se extendió un policultivo en las pequeñas parcelas abancaladas y regadas con los manantiales provenientes de la sierra de Mijas. Una franja de colinas mio-pliocenas, tierra de secanos cerealistas-olivareros, donde dominó siempre la gran propiedad. El fondo del valle regado, donde la burguesía malagueña extendió los regadíos y sus plantaciones de agrios en el último tercio del siglo pasado y que se abre a un amplio delta que fue conquistado en la misma época por la caña de azúcar.

inmoviliza los cambios y conduce a un exceso de mano de obra en un cultivo que exige actualmente parcelas extensas para su mecanización y pocos brazos para ser rentables.

Sin embargo este sector central de la costa participó en el proceso renovador del siglo XIX con el cultivo de la caña que estaría bien adaptado a una mentalidad agrícola moderna si la estructura de la explotación estuviera bien organizada. Las 2.400 Has. de caña serían rentables si estuviesen distribuidas en 100 ó 200 explotaciones bien mecanizadas, no distribuidas entre 2.700 jefes de explotación y 7.500 parcelas separadas, además, entre sí las de la misma unidad de explotación. Pero si exceptuamos este núcleo cañero, existe en la costa granadina una profunda actividad renovadora. Recordemos que aquí, al este de Motril, en la estrecha franja costera donde existían pequeños enclaves de pescadores, apareció la técnica revolucionaria de los enarenados que se propagó en la década de los cincuenta. En la década de los sesenta, cuando se habían transformado las pocas tierras llanas de la franja costera, se colonizaron las bajas laderas, abancalando pequeños espacios y subiendo la tierra, el estiércol y la arena con cargas de burros y organizando una red de tuberías de hierro de muchos Kms. de longitud y elevando el agua captada en pozos en el fondo de los barrancos. El coste de esta inversión era semejante al de los enarenados bajo invernadero en el Campo de Dalías por los mismos años. Pero esta costa oriental granadina ha llegado al techo en cuanto a las posibilidades de ampliación por falta de agua y de tierras y toda ella ha quedado polarizada bajo la red comercial del Campo de Dalías, y dominada, como ella, desde el exterior, desde Murcia y Valencia.

Al oeste de Motril, en el extremo occidental de la costa granadina, el valle del río Verde, en Almuñecar, desertó pronto, ya en la segunda década del siglo, de los cultivos de la caña por las tensiones sociales –si se exceptúa el bajo valle mal drenado– y tras un período de plantaciones de naranjos, también efímero, inició la plantación de dos cultivos subtropicales que iban a tener una gran influencia en el futuro agrícola de toda la costa occidental andaluza: el chirimoyo y el aguacate.

El chirimoyo ya existía en la costa como árbol aislado desde el siglo XVIII traído de América por las relaciones que siempre tuvo Málaga con ella. Pero fueron los pequeños propietarios de Jete quienes encontraron y adaptaron una variedad resistente al transporte con lo que se hizo posible su comercialización y, a partir de la década de los cincuenta, invade todo el valle abajo hasta los fondos mal drenados junto a Almuñecar que todavía en 1970 se mantenían fieles a la caña por imposibilidad de otro cultivo. El aguacate, de técnica más complicada, se aclimató primero en las laderas del valle bajo junto a Almuñecar, en una finca experimental de capital privado y en contacto con la técnica ya conocida en Canarias, en Israel y en California. Mientras el enarenado avanzó hacia el este, hacia Almería, el aguacate avanzó hacia el oeste y es el cultivo de adopción actualmente de la costa malagueña, sobre todo en el núcleo central turístico, pero con inversiones fuertes aplicando la técnica de riego por goteo con lo cual se reduce al mínimo la mano de obra necesaria, algo esencial en un ambiente de competencia de los salarios del turismo. El chirimoyo ha tenido una propagación más lenta a causa de la idea aceptada de que solo podía cultivarse en el microclima especial del valle del río de Almuñecar. Pero, roto el tabú, se propaga también hacia el oeste y es posible que pronto tenga más aceptación que el aguacate, por tener más segura la comercialización. Pero donde estos dos cultivos han alcanzado su máxima expansión ha sido en el propio núcleo originario, en Almuñecar. Primero se ocuparon con chirimoyo las 470 Has. del fondo del valle del río Verde. Pero en la década de los setenta se inició el abancalamiento de las laderas del valle y se continuó por la cornisa de Almuñecar a Salobreña. Mientras que el primitivo cultivo del fondo del valle fue obra de pequeños propietarios que se han convertido con el turismo en agricultores a tiempo parcial, estas

Actualmente un movimiento de renovación ha sacudido a los regadíos del fondo del valle. En el delta, la caña de azúcar –que pertenece aquí a propietarios medios– se sostiene en parte por los altos precios y en parte en expectativa de convertirse en suelo industrial y de servicios de la ciudad. Un pequeño cinturón móvil hortícola (alcachofas principalmente) rodea la caña (Churriana, Este de Cártama, Campanillas, donde hay plantaciones de frutales en vistas al mercado local). Pasado éste cinturón indeciso, los antiguos naranjales se han ido convirtiendo en plantaciones modernas de limón de calidad (verna y fino) para la exportación. Solamente en los riegos de Cártama y Alhaurín la Torre existen ya 2.400 has. de esta calidad y la transformación se extiende riegos arriba del Guadalhorce. Este cultivo ha facilitado la agricultura a tiempo parcial que permite trabajar en la ciudad o en los servicios cercanos.

En el amplio espacio de las colinas mio-pliocenas se asiste actualmente a la ampliación de los riegos en unas 15.000 has. más, por obra del IRIDA, que se inició en la década de los cincuenta con la puesta en marcha del Plan Málaga. No es el momento de hablar de la actuación del IRIDA, de la creación de los poblados de colonización, de los retrasos del Plan, de la distribución de las tierras, etc. De hecho se asiste a una profunda transformación de estos secanos, abancalando tierras, construyendo acequias y dará lugar, con el tiempo y con todos sus problemas, a una extensión de los riegos de importancia regional. A pesar de que todavía no se puede dar una visión del futuro de los cultivos por la lentitud de la llegada del agua, el volumen del espacio regado, aunque con cultivos y organización diferente y sin convertirse en foco de inmigración, será semejante al realizado en el Campo de Dalías, en el extremo este de la costa.

En cambio, el piedemonte de la Sierra de Mijas apenas ha evolucionado. Ya de antiguo se adoptó una agricultura promiscua con un policultivo en sus pequeñas parcelas regadas y no ha habido intentos de modificar esta orientación hacia unos cultivos más adaptados a una comercialización moderna. La llamada de brazos a trabajar a la construcción en la costa en el momento del desarrollo turístico que podía haber sido un estímulo para invertir en nuevos cultivos con los ingresos obtenidos, fijó por el contrario, la situación antigua, sin intentar renovar el espacio agrario como lo hacían, por entonces, los agricultores del fondo del valle.

Pero a pesar de las transformaciones y de los nuevos regadíos, la población del valle disminuye englobada dentro de la corriente migratoria de los últimos 20 años. Solamente los municipios cercanos a la capital –Alhaurín Grande, Alhaurín la Torre y Cártama– aumentan, pero en función de la cercanía a Málaga y sus puestos de trabajo.

Frente a estos dos núcleos polarizados, uno al oeste y otro al este, la zona central o costa occidental granadina (Motril-Salobreña-Almuñecar) se comporta como un núcleo autónomo anclado en su antiguo cultivo de la caña o en los frutos subtropicales de chirimoyo y aguacate, con una penetración preferente hacia la capital granadina a través del pasillo de Lecrín.

Frente a los cambios de organización del espacio agrario en toda la costa, la persistencia aquí de la caña es fruto de una estructura de la propiedad y de la parcelación, unido a un tipo de suelos mal drenados del delta incapaces de otro cultivo rentable sin saneamiento previo que junto a una tradición agrícola –hasta de organización de riegos– constituye la razón de su continuidad. La existencia de gran propiedad entregada en mini explotaciones, la obligación de cultivar caña, la imposibilidad de los restantes pequeños propietarios de intentar cambios por la estructura de la parcelación

plantaciones en las laderas han necesitado unas fuertes inversiones, (abancalar, llevar el agua a esa altura etc.), y ha sido obra de capitales, muchos de ellos exteriores a la región, de Madrid, del Norte y extranjeros. El cultivo es siempre con riego por goteo para evitar la mano de obra que es atraída por el desarrollo reciente de este núcleo turístico. En conjunto se cultivan en este enclave unas 2.500 Has.: 1.500 Has. de chirimoyo y 1.000 de aguacate.

En la vega de Motril-Salobreña, no todo es estancamiento agrícola con la caña. En la década de los setenta, el IRIDA terminó la ampliación de los riegos con unas 2.000 Has. construyendo una presa partidor a la entrada en el delta del río Guadalfeo. Tanto en estos nuevos regadíos, como en la parte más alta y de terrenos mejor drenados de la zona cañera se inició un proceso de adopción de cultivos de enarenados (en los nuevos riegos del Puntalón) y en zonas más abrigadas el cultivo del chirimoyo y del aguacate. Ha surgido, pues en el centro de la costa, una conjunción de los dos tipos de cultivo renovadores de la costa y que partiendo de la costa granadina se propagaron en sentido contrario. Las tres poblaciones costeras de este núcleo central acusan en su población los cambios recientes de su orientación económica. Motril, con el proceso renovador de sus cultivos en la periferia de zona regada, pero sobre todo por su puerto y ser un núcleo de comunicaciones a lo largo de la costa y en su enlace con la ciudad de Granada; Almuñecar con sus cultivos renovados, pero sobre todo por su desarrollo turístico reciente aumentan de población. Salobreña, más anclada en la caña, se estanca y expulsa su crecimiento vegetativo.

AÑO DEL CENSO	1950	1960	1970	1981
ALMUÑECAR	12.448 h.	14.603 h.	13.251 h.	16.141 h.
MOTRIL	23.420 h.	24.734 h.	31.716 h.	39.784 h.
SALOBREÑA	7.758 h.	8.319 h.	8.426 h.	8.119 h.

Tal y como aparece tras las transformaciones recientes, la costa mediterránea andaluza se nos ofrece como un mosaico de aprovechamientos diferentes y, como balance global de todas estas transformaciones, lo que más resalta es su dinamismo frente a la atonía de su postpaís montañoso.

El turismo y una agricultura altamente especializada y comercial han sido los motores fundamentales de este dinamismo cuyos efectos en la transformación del paisaje y en la concentración de la población han sido tan importantes. Sin embargo, una gran inestabilidad subyace bajo esta nueva organización de recursos y aprovechamientos especialmente allí donde la concentración de la población es más intensa y más dependiente de la actividad turística, inestable por lo que a coyunturas se refiere y defectuosa, considerada estructuralmente, para la fijación de recursos. Y es que hay un fenómeno que merece también ser recordado: la desindustrialización de la costa ya que en esta evolución reciente de intensificación en todos sus aprovechamientos, la industria ha sido la gran ausente.

En el sector occidental de la costa, en la fachada sur de las béticas malagueñas, viven de modo estable más de 865.000 personas y, sólo en la capital, se aglomeran medio millón. Y en esta ciudad de medio millón, que polariza a su alrededor los otros 365.000 (sin contar las cuentas de Antequera

y de Ronda –ésta en vías de despoblamiento–) solamente se pueden enumerar cinco fábricas de alguna entidad: CITESA, que fabrica teléfonos, de capital americano; una fábrica de cementos en la costa oriental, una fábrica textil que llegó a tener 4.000 obreros, fundada por el INI y vendida luego, a precio de saldo, hace seis años, en pleno rendimiento, a un grupo catalán que inició rápidamente su desmantelamiento, hecho que, con dificultades, se ha evitado, pero no la disminución de su actividad y del número de trabajadores. Una fábrica de amoniaco y una central térmica que con la de amoniaco y de cemento son focos de polución. El resto son fábricas de ladrillos, una fábrica azucarera, talleres de montaje y reparaciones etc., todo demasiado pequeño.

El puerto no da un balance más brillante. Ciertamente su tráfico supera los 6,8 millones de Tm, de ellas, 6 millones de importación, pero en su mayoría (5,6 millones tm.) de desembarco de petróleo, fuera del puerto, para trasladarlo por oleoducto a la refinería de Puertollano. Es pues, puro tránsito y lo mismo ocurre con el butano desembarcado. El resto supone poco. Importación y exportación de productos generales de varios centenares de miles de Tm.

Pobre balance industrial y portuario para una ciudad importante por su población, por su situación y por el espacio que coordina y que ha sido en estos últimos 20 años un centro de inmigración y anclado en un sistema de desarrollo que ha entrado en crisis por su inestabilidad.

El caso de Almería, la otra capitalidad de la costa, es diferente básicamente por la escala, pero en menor grado reproduce el problema malagueño de la falta de perspectivas industriales. Almería que es hoy un centro comercial no ha polarizado hasta muy tardíamente la actividad económica de su provincia. En el siglo XIX, la producción de plomo y plata de la Sierra de Gádor salía por el puerto de Adra y la de Sierra de Almagrera, por la Garrucha y Aguilas (Murcia). Con malas comunicaciones con los centros mineros, Almería, que tenía en 1860, 29.000 habitantes –casi lo mismo que obreros reunían las minas– estaba aislada de la evolución de la provincia. Sólo cuando el Andarax se pobló de parrales y se creó el puerto, Almería, con sus 47.000 habitantes en 1900, polarizó esta actividad. Hoy día reproduce, pero a la inversa la situación portuaria de Málaga. Aquí el tráfico es de 4,5 millones de Tm, de ellas 3,8 millones tm. de exportación, pero 3,5 corresponden al embarque en tránsito del mineral de hierro que llega de las minas de Alquife en Granada. Si exceptuamos esta exportación, el resto del tráfico representa poco. Algo de uva que cada día se envía más por contenedores en ferrocarril o carretera hacia el norte. Importación de esparto para una fábrica de celulosa que trata esa materia prima y que –fundada en los tiempos en que era rentable su recogida del esparto en la región– hoy utiliza esparto argelino.

La construcción de una carretera tipo redia que recorre la cornisa de la sierra de Gádor le une ahora fácilmente al Campo de Dalías y facilita el transporte de los productos hortícolas, aunque dominado todo por la red comercial murciana. Se agrega un turismo local todavía modesto y el tránsito a los enclaves, ya importantes, de Aguadulce y Roquetas de Mar.

Almería aparece más adaptada a su función de centro comercial ampliando su influencia incluso fuera de la provincia por los efectos de su puerto. La industria tampoco existe, pero la ausencia de una gran concentración de la población (140.946 hab. en 1981) suaviza la gran inestabilidad que se experimenta en el sector malagueño y que se percibe de forma angustiosa en la medida que se cuestiona el modelo de crecimiento a partir del turismo por la forma como se ha realizado.

Todos estos hechos deben preocupar a quienes han contraído la obligación de planificar el desarrollo regional. Ante el estancamiento e incluso recesión de grandes zonas industriales en una crisis general, parece fuera de lugar hablar de que la orientación debe ser la de un cambio y diversificación de la economía por el fomento de la industrialización. Pero queremos recordar solamente que, en la década de los cincuenta, se había iniciado el Plan Málaga que se publicó tardíamente en 1961. La idea motora del Plan era la necesidad de una diversificación de la economía malagueña cuya renta (que figuraba en el número 41 de las 50 provincias españolas) provenía en un 50% del sector terciario. Ante la miseria y el paro endémico de la ciudad, se intentaba corregir la distorsión que suponía esa excesiva dependencia de un sector terciario incapaz de producir un desarrollo en la ciudad. Pero con el Primer Plan de desarrollo nacional y con la irrupción repentina del turismo, que sí producía un despegue en toda la costa, fue echado rápidamente en olvido. Las inversiones previstas por el Estado se hicieron en el sector agrícola: un pequeño proyecto de riego cerca de Marbella que, terminado ya, suministra aguas exclusivamente para las urbanizaciones de la costa. La construcción del pantano del Guadalhorce –recién terminado después de 20 años– que permitirá regar un total de 22.000 has. de la Hoya incluyendo en esta cifra las 5.000 has. de riego antiguos a los cuales mejorará, pero que necesita unas inversiones costosas y a largo plazo para ponerse en práctica. En resumen, algo muy lento para las prisas de los problemas de entonces. En el sector industrial se pretendía, en cambio, que fuese la iniciativa privada, casi exclusivamente, quien realizase las inversiones, fuera de alguna actuación estatal como la del INI que fundó Intelhorce. La inversión privada en el sector industrial resultó utópica desde el momento en que aparecieron los planes de desarrollo en otras regiones mejor preparadas y, además, el turismo que ofrecía un rápido despegue económico, desvió hacia la construcción al capital local, nacional e internacional que llegó a la costa. No obstante, lo poco de industria que hay en Málaga, y que hemos citado antes, proviene de ese Plan.

Actualmente parece inviable sostener un alto nivel de renta (que depende ahora en un 70% del sector turístico) a toda esta población sin industria y con una agricultura minifundista, aunque brillante en algunos pequeños enclaves. Los obstáculos son grandes: en primer lugar el bloqueo de la ciudad y puerto por el cerco montañoso que le rodea y la ausencia de una red viaria preparada para el tráfico pesado, tanto hacia el interior, como a lo largo de la costa congestionada actualmente por el turismo. En el tercer Plan de Desarrollo se decía de Andalucía oriental, que mientras se mantuviese la falta de infraestructura necesaria no era rentable invertir. Pero no se preveía ningún crédito para dotarle de esa infraestructura a fin de que, en otro momento posterior, fuese rentable invertir, con lo cual se condenaba a su marginación industrial actual.

Sin embargo existen posibilidades de suelo industrial (no sólo de polígonos industriales cerca de la ciudad que se ocupan por grandes almacenes, sucursales de empresas exteriores, para su venta en la región) sin peligro de contaminación de las playas ya que esto provocaría el hundimiento del turismo. Solo falta la infraestructura necesaria para ello que es lo definitivo. Sin esperanzas de momento, serán las tensiones sociales en una ciudad donde el 21% de la población económicamente activa está en paro quien obligue, a la larga, a diversificar la economía y sin que las esperanzas se funden solamente en vender poco a poco el suelo para urbanizaciones pagadas con petrodólares, como se insiste en algunos rincones de la costa.

EVOLUCION DE LA POBLACION: 1860-1981

Año del Censo	1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1981
Axarquía y Montes de Málaga (1).	65,287	65,739	57,236	53,882	54,294	56,761	58,086	59,484	61,717	60,786	49,926	39,996
Crecimiento real		+452	-8,503	-3,354	+412	+2,467	+1,325	+1,398	+2,233	-981	-10,810	-9,930

Valle Guadalhorce:

a) Piedemonte Seirra y M. Málaga (2)	28,483	32,330	32,898	27,989	28,864	28,410	29,452	29,878	31,484	30,020	28,567	20,168
Crecimiento real		+3,847	+568	-4,909	+875	-454	+1,042	+426	+4,606	-1,464	-6,453	-3,399

b) Piedemonte de S. Mijas (3)	19,419	20,926	22,176	24,991	24,594	26,623	29,576	32,808	36,855	37,744	38,518	45,872
Crecimiento real		+1,507	+1,250	+2,815	-306	+2,029	+2,953	+3,232	+4,047	+889	+774	+3,354

c) Fondo valle (4)	14,626	18,379	20,176	19,514	20,091	21,370	22,343	26,189	28,636	30,811	31,630	28,421
Crecimiento real		+3,753	+1,797	-662	+577	+1,279	+973	+3,846	+2,447	+2,175	+819	-3,209

Costa Occidental:	17,589	20,670	22,985	20,499	20,938	20,649	21,621	21,528	22,661	23,949	13,011	11,679
a) Piedemonte (5)		+3,081	+2,315	-2,486	+439	-289	+972	-93	+1,133	+1,288	-10,938	-1,332

b) Litoral (6)	18,372	22,270	23,370	24,866	26,106	25,979	26,838	27,463	29,529	33,792	94,061	142,111
Crecimiento real		+3,898	+1,100	+1,496	+1,240	+127	+859	+625	+2,066	+4,263	+60,269	+48,050

Costa Oriental Litoral (7)	42,448	46,975	45,608	45,555	45,029	44,386	48,806	52,202	55,060	58,608	69,011	76,118
Crecimiento real		+4,527	-1,367	-53	-526	-643	+4,420	+3,396	+2,858	+3,548	+10,403	+7,107

Málaga ciudad	100,056	121,987	134,016	130,109	136,365	150,584	188,010	238,085	276,222	301,048	374,452	502,232
Crecimiento real		+21,931	+12,029	-3,907	+6,256	+14,219	+37,426	+50,075	+38,137	+24,826	+73,404	+127,778

(1) Incluye los municipios de: Alcaucín, Alfarnatejo, Alfarnate, Archez, Arenas, Benamargosa, Benamocarra, Borge, Canillas de Aceituno, Canillas de Albaida, Casabermeja, Colmenar, Comares, Cómpeta, Cutar, Frigiliana, Iznate, Macharavaya, Mociltejo, Periana, Riogordo, Salares, Syalonga, Sedella, Totolán, Viñuela.

(2) Alcazina, Carratraca, Casarabonella, Guaro, Tolox, Monda, Yunquera, Almogía.

(3) Coín, Alhaurin el Grande, Alhaurin de la Torre.

(4) Alora, Pízarra, Cártama.

(5) Manilva, Casares, Benahavis, Istán, Ojén, Mijas y Benalmádena. Mija y Benalmádena, a partir de 1970 los incluimos dentro del litoral, pues el peso de su población, con la llegada del turismo, está en la costa.

(6) Estrepona, Marbella, Fuengirola. A partir de 1970 incluimos a Mijas y Benalmádena.

(7) Rincón de la Victoria, Vélez-Málaga, Algarrobo, Torrox, Nerja.

EVOLUCION DE LA POBLACION: 1860-1981

Año del Censo	1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1981
Valle del Andarax	43.199	50.069	51.083	50.269	54.600	46.106	44.235	44.455	41.494	41.445	39.373	35.936
Crecimiento real		+ 6.870	+ 1.014	- 814	+ 4.331	- 8.494	- 1.871	+ 220	- 2.961	- 49	- 2.072	- 3.437
Valle del Almanzora	77.925	91.212	91.503	91.348	100.415	97.112	82.486	76.720	80.941	78.092	70.904	68.139
Crecimiento real		+ 13.287	+ 291	- 155	+ 9.067	- 3.303	- 14.626	- 5.766	+ 4.221	- 2.849	- 7.188	- 2.765
												emigraron 33.810
Valle Río Verde: (Granada)												
a) Almuñécar		8.204	8.842	8.022	8.583	8.022	9.149	11.110	12.448	14.603	13.251	16.141
Crecimiento real			+ 638	- 820	+ 561	- 561	+ 1.127	+ 1.961	+ 1.338	+ 2.155	- 1.352	+ 2.890
b) Resto Valle (8)		2.989	2.738	2.928	2.780	2.864	2.858	3.442	3.428	2.754	2.388	2.317
Crecimiento real			- 251	+ 190	- 148	+ 84	- 6	+ 584	- 14	- 674	- 366	- 71
Delta Guadalfeo:												
a) Motril - Sabobrea		20.616	21.753	23.510	23.310	21.326	23.578	27.715	31.178	39.053	40.142	47.903
Crecimiento real			+ 1.137	+ 1.757	- 200	- 1.984	- 2.252	+ 4.137	+ 3.463	+ 1.875	+ 7.089	+ 7.761
b) Resto Delta Guadalfeo (9)		6.766	6.564	5.130	4.517	4.646	4.923	5.086	5.315	5.354	4.693	3.732
Crecimiento real			- 202	- 1.434	- 613	+ 129	+ 277	+ 163	+ 229	+ 39	- 641	- 961
Adra		11.323	9.029	11.188	10.210	8.565	10.314	12.443	13.687	15.669	16.283	17.389
Crecimiento real			- 2.294	+ 2.159	- 978	- 1.645	+ 1.749	+ 2.129	+ 1.244	+ 1.982	+ 614	+ 1.106

(8) Jete, Otívar, Lentegi.
(9) Lobres, Molvizar, Itrabo.

RESUMEN BIBLIOGRAFICO

- BOSQUE MAUREL, J.: Los cultivos en huertos enarenados en la costa mediterránea entre Almería y Málaga. Aportación española al XX congreso geográfico internacional. Zaragoza. 1968. págs. 219-226.
- CEREZUELA NAVARRO. Evapotranspiración y microclimas de la vertiente mediterránea del Sur de España. Universidad de Málaga. 1977. 298 pág.
- FERRE BUENO, E.: El valle del Almanzora. Diput. Provin. y Caja Ahorros. Almería. 1979. 494 pág.
- GARCIA MANRIQUE, E.: Los cultivos subtropicales de la costa granadina. Universidad de Granada. 1972. 160 pág.
- GARCIA MANRIQUE, E.: El minifundio en la costa mediterránea andaluza. Homenaje J.M. Casas. Zaragoza. 1972. págs. 147-171.
- GARCIA MANRIQUE, E.: El viñedo de la costa alpujarreña. Estudios geográficos. n.º 132-133. 1973. págs. 501-538.
- INFORME MALAGA. Delegación de Málaga. Colegio Oficial de arquitectos de Andalucía Oriental. 1976. 32 pág.
- LACOMBA, J. A.: La crisis de los vinos y viñedos en la Málaga del siglo XIX. Jábega n.º 12. 1975.
- LARA VALLE, J.J.: Estructura del tráfico portuario de Almería. Rev. Paralelo 37. Col. Univer. de Almería n.º 2. págs. 231-271.
- MIGNON, C.: Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea. Ministerio de Agricultura. Serie Estudios. 1982. 606 pág.
- MIGNON, C.: L'impact du tourisme sur la Costa del Sol et son arrière pays. Tourisme et développement regional en Andalousie: des loisirs traditionnels à l'essor des activités balnéaires. Madrid. Publ. Casa de Velázquez. 1979. págs. 53-94.
- NADAL, J.: Industrialización y desindustrialización del Sureste español (1817-1913). Moneda y Crédito n.º 120. 1972.
- SAENZ LORITE, M.: El valle del Andarax y Campo de Níjar. Universidad de Granada. 1977. 422 págs.